



*Suplicame*  
**ESCLAVA**

ROMANCE, ERÓTICA Y BDSM CON LA  
VIRGEN Y EL TÍO DURO DOMINANTE

**ALBA DURO**



---

# SUPLÍCAME, ESCLAVA

---

*Romance, Erótica y BDSM con la Virgen y el Tío Duro  
Dominante*



Por **Alba Duro**

© Alba Duro 2017.

*Todos los derechos reservados.*

Publicado en España por Alba Duro.

Primera Edición.

*Dedicado a Mar y a Sara*

**[Haz click aquí](#)**

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir  
libros gratis**

## I

-Oye, ¿ya te vas?  
-Sí.

El sonido metálico de la hebilla del cinturón se entremezclaba con el silencio de la habitación aún oscura.

-¿Por qué? Si quieres puedes quedarte aquí y pasar la noche.

-No.

La expresión extrañada e indignada.

-Oye tío, hace unas horas eras todo un encanto pero en este momento te estás comportando con un verdadero idiota.

-Muy interesante ¿Necesito alguna llave para salir?

Luís salió del piso y caminó unos pocos pasos hasta encontrarse con las puertas del elevador. Aún podía ver en su cabeza el rostro de ira que se le dibujó a la amante de esa noche. Pero no le importaba, en lo más mínimo.

La había conocido en un bar la noche anterior. Le gustó cómo se veía el vestido rojo, el cabello rubio largo, las piernas largas y torneadas, y aquel escote profundo. Lo pensó varias veces antes de acercarse y, para darse un extra de motivación, tomó un trago. Ella estaba sola pero parecía que estaba esperando a alguien. A él le dio igual, su meta era descubrir los placeres que había detrás de ese vestido tan ajustado y sexy.

Al estar cerca, no se le ocurrió una frase interesante para ligar así que se aventuró a lo que estaba acostumbrado: buscar alguna referencia que lo ayudara en lograr lo que quería.

-¿Conoces de qué se trata la Teoría del Color? –Dijo él con seriedad.

La chica no sabía qué responder, miró hacia atrás pensando si se trataba de otra persona pero no, era ella.

-¿Perdón?

-Bueno, te cuento. La Psicología del Color habla sobre la connotación pues, de los colores. Verás, al parecer, los colores tienen un significado en sí

mismos. Aunque, claro, eso también depende del contexto que tenga y la sensación que genere. Por ejemplo, estás vestida de rojo y ese color tiene muchos significados. ¿Sabes a lo que me refiero?

Ella había pasado del malhumor al genuino interés y quiso saber más de este hombre con aspecto duro e intimidante.

-Creo saber a lo que te describes. Vi en un comercial que el rojo tenía que ver con el romance o algo así.

-Exacto. ¿Te sientes romántica hoy?

Rió y comenzó a tocarse el cabello. Luís supo entonces que ya estaba por buen camino.

-Puede ser. De hecho estaba esperando a alguien y creo que me han dejado plantada.

-Es terrible, terrible. Pero creo que tienes oportunidad de cambiar esa situación si aceptas un trago. ¿Qué dices?

-No lo sé. ¿Qué sensación te genera el color de mi vestido?

-Es cuestión de cómo vaya la noche.

Los dos dejaron la barra para atrincherarse en una mesa lejos del ruido y de los cuerpos que bailaban. Luís cada vez más quedaba como el tío encantador e inteligente y la mujer inclinaba su cuerpo hacia él.

Se fueron a las horas y terminaron comiéndose mutuamente sobre la cama ancha y larga de la rubia del vestido rojo.

No obstante, a Luís no le gustaba darle largas al asunto y, luego de terminar, se encontró aburrido y ansioso de irse.

Al salir del edificio, encontró la noche particularmente agradable. Prefirió caminar un poco antes de tomar un taxi para que lo llevara a casa. Las luces de neón, el sonido de las bocinas y el olor a comida eran estímulos que le recordaban sus años de universidad. Internamente, le pareció gracioso cómo se había vuelto así de nostálgico. Se cansó finalmente y llamó un taxi. Era hora de regresar al bar en donde todo comenzó.

El coche lo dejó justo donde quería y sacó las llaves de su chaqueta de cuero. Caminó hacia la camioneta que había comprado recientemente, un Toyota Tundra del año. Aún tenía hambre pero quiso esperar a llegar a casa.

Luís vivía prácticamente aislado. Luego de finalizar la universidad, consideró que era hora de encontrar un poco de paz y fue así que compró un terreno en las afueras para comenzar la construcción de su casa. No deseaba algo extravagante pero sí cómodo y que le diera la sensación de que se encontraba en un lugar tranquilo.

Con la ayuda de unos cuantos amigos, él había logrado captar la esencia de lo que quería. El proceso tomó años pero fue algo que le causó muchísima satisfacción.

La excusa de tener una casa a las afueras también era poder contar con un lugar para hacer lo que quisiera sin que lo molestasen. Había reservado un pequeño espacio en el sótano para aquellas actividades un poco diferentes.

Luís había conocido el mundo BDSM cuando era un adolescente pero fue luego de unos años que supo realmente de qué se trataba. Su primera experiencia fue como sumiso y fue así cómo aprendió a observar las reacciones ante las torturas así como a otros estímulos relacionados al placer y el dolor

A pesar de haber disfrutado aquella faceta, se decantó por ser Dominante. Para él era importante tener el control y el poder, demostrarlo en todo momento, dejar en claro que las cosas se harían a su modo.

Desarrolló un gusto particular por las relaciones tipo primal porque encontraba excitante aquello de cazar y devorar a la presa. No obstante, también encontraba sumamente placentero el sexo anal, azotar, ahorcar y toda clase de torturas. Afortunadamente contaba con una gran imaginación así que no le faltarían escenarios ni temas al respecto.

Aunque se había sincerado con sus gustos, sabía que no todos lo comprenderían. Es más, había optado callar y reservarse sus opiniones al respecto. Al final cada quien podía hacer lo que le placiera de puertas para adentro.

Mientras deseaba encontrar a la sumisa perfecta, se divertía satisfaciendo su apetito sexual con encuentros casuales. Para él era práctico porque evitaba someterse a dramas innecesarios y a situaciones incómodas. Iba a lo suyo y ya, como esa noche.

Manejaba y al lado estaba una bolsa caliente de papel en donde se encontraba una enorme hamburguesa y patatas fritas. Quería llegar a casa y por fin

comer.

Unos cuantos kilómetros de asfalto después, Luís estacionaba la camioneta para entrar a su casa. Se bajó y el sonido de sus botas de cuero rozando la gravilla del camino de la entrada iba a la par con el de la bolsa de papel que tenía en su mano derecha.

Caminó hacia la puerta y la abrió. El olor a madera era lo primero que percibía y era gracias a las escaleras de pino que había instalado. Lo hacía sentir bienvenido de alguna manera.

Dejó la bolsa en la cocina y subió para tomar un baño. La habitación de Luís era un espacio grande, blanco que contaba con un gran ventanal a uno de los lados y cama en la pared de fondo. Al otro lado se encontraba el baño y, cerca de este, también un clóset empotrado.

La decoración era sencilla por no decir parca. Sin embargo, el verdadero lujo se encontraba en los muebles ya que él era diseñador industrial. Quizás la otra extravagancia más fácil de evidenciar era la colección de discos de vinilo.

-En vinilo suena mejor.

Solía decir a sus amistades más íntimas.

Luego de diseñar y construir en el taller que tenía en la cochera, colocaba el disco que quería y lo hacía sonar hasta el final. Era quizás el momento que más le gustaba del día.

Abrió las llaves de la ducha y esperó a que saliera el agua caliente. Se quitó la chaqueta, se desabrochó los jeans y la camisa. No tardó mucho tiempo en desvestirse ya que prefería pasar el tiempo desnudo.

Respiró profundo y se vio en el ancho espejo. Revisó las marcas en la cara.

-Tengo que rasurarme, parezco perro viejo.

Siguió estudiándose y hasta se frotó un poco la cicatriz que tenía en el entrecejo.

Luís tenía un aspecto rudo gracias a que casi siempre vestía de negro, con jeans y cuero. Los innumerables tatuajes que tenía resaltaban gracias a la palidez de su piel. Sus ojos, grandes y cafés que, según el humor del día, podían cambiar a verdes. Le gustaba hacer ejercicio por lo que había

desarrollado una musculatura envidiable y que destacaba aún más su altura. Sin duda, era un hombre muy atractivo... Y también difícil.

Prefería la soledad o los pequeños grupos. El que él estuviera en el bar esa noche era casi producto de la casualidad, no tenía que ver con que fuera un gusto personal.

Dejó que el agua recorriera su cuerpo. Estaba cansado. Enjabonaba su cuerpo y, al mismo tiempo, hacía lista mental de las cosas que debía hacer al día siguiente: reunión con clientes, diseños nuevos, la presentación que debía hacer para la inauguración de la feria de decoración. Aunque quisiera, su mente no podía estar tranquila.

Salió y se secó con una toalla que tenía cerca. Salió desnudo con el entrecejo fruncido sin saber la razón y buscó en su closet algunas prendas ligeras para ponerse. Su estómago gruñía sin parar.

Bajó a la cocina en donde esperaba la bolsa de papel con la hamburguesa dentro. Antes de sentarse a comer, abrió el refrigerador para tomar una cerveza. La onomatopeya del gas saliendo de la tapa de latón le daba una felicidad indescriptible.

Comenzó a cenar y a beber en medio de la oscuridad y del silencio de la cocina...Y el de toda la casa.

Por un momento deseó no estar solo.



## II

-¡Maldita, maldita ven aquí. Ven que te voy a  
-¡MDESTROZAR!

Los gritos en medio de la carretera, hubieran despertado a cualquiera. Pero no en ese lugar olvidado por Dios.

Elena corría con todas las fuerzas de su cuerpo, había sido descubierta robándose dos barras de pan y una botella de agua. Corría con las cosas en sus manos, con el bolso en la espalda.

La perseguía un hombre gordo, alto y con marcas de sudor en su cuello y las axilas. Sus pasos se sentían y escuchaban pesados mientras que los de ella eran ligeros y suaves, como un ciervo que huía.

Logró esconderse en una gasolinera abandonada. Trató de calmar la respiración y el dolor de sus pantorrillas. Rezó internamente para que no la descubrieran.

-VOY A ROMPERTE LA CARA, MOCOSA. VAS A VER.

Eran los minutos más aterradores que jamás había vivido. Imaginó su rostro sobre el suelo, cubierto de sangre, lágrimas y dolor. Cerró los ojos y esperó... Y esperó.

No escuchó más ruidos y las sombras amenazantes habían desaparecido, sólo había la misma oscuridad de siempre más el canto de los grillos. Respiró fuerte y salió lentamente de su escondite. Sintió las piernas débiles aunque pudo incorporarse con rapidez.

Temblaba con fuerza y trata de repetirse a sí misma.

-Venga, ya ha pasado todo.

Dio unos tantos pasos y se sintió a salvo. Ahora lo que restaba era encontrar un sitio no tan siniestro para comer el botín.

Había una pequeña pradera cerca de la estación y fue en esa dirección. No hay luces ni ruidos, sólo el cielo y las estrellas. Para Elena fue el momento más bonito del día y de lo que llevaba fuera de casa. Lloró un poco y secó las lágrimas con la ya desgastada chaqueta vaquera. Afortunadamente no sintió

frío.

Dos barras de pan, una botella de agua y una manzana. Nada mal. Aunque estaba apenada por lo que había hecho, el hambre era más fuerte que la consciencia. Había pasado varios días sin comer apropiadamente y todo aquello le resultaba un banquete. Sin esperar más, tomó la barra de pan que tenía más cerca y comenzó a devorarla en un santiamén.

Al terminar, se echó sobre el césped y quedó tendida sobre este, viendo las estrellas y disfrutando de la brisa que hacía. Era libre, después de tanto, era libre.

Elena había escapado de una familia abusiva. Una madre alcohólica, un padre golpeador y un par de hermanos delincuentes. Planificó su huida tantas veces que temía fallar, no había razón de regresar a esa pesadilla.

Estando así, vio el costado aún golpeado de la última vez. Le habían lanzado una plancha y cayó justamente allí, en el hueso de la cadera. Puso los dedos y sintió un poco de dolor, aunque era lejano.

La brisa fría le recordó que por más bello que se viera el cielo, debía buscar refugio para esa noche. Tomó los restos de pan y la botella de agua. Permaneció un tiempo de pie y regresó luego por el camino que había encontrado en la pradera. Su escondite de hacía unas horas se convirtió en habitación.

-¡HEY!, PÁRATE

Elena aún dormitaba cuando escuchó el grito de un hombre que pateaba al mismo tiempo, el recipiente de latón que tenía al lado.

-VENGA YA.

No le contestó, sólo se limitó a verlo con el mayor desprecio que podía demostrar. Él sólo la miró con una mezcla de burla e indiferencia.

Comenzó a caminar hacia lo que era la salida del pueblo. Tomó un mapa y calculó que llegaría a su destino, con suerte, al día siguiente. Suspiró de decepción y no le quedó de otra que racionar lo poco que tenía y hacer de tripas corazón.

El sol estaba inclemente, insoportable. Aun así no podía parar porque eso sólo la retrasaría más.

La soledad del camino la hacía pensar en lo mucho que deseaba tener un techo en donde dormir, un plato de comida caliente y una cama para reposar. No pedía mucho, sólo eso sería suficiente para no sentirse la mujer más miserable del mundo.

De repente, en medio de sus pensamientos, surgió algo. Había recordado que ese día cumplía años.

-18 años.

Se dijo. Sintió cómo las lágrimas corrían sobre su cara.

Caminó sin parar. Vio el sol llegar a su punto más alto y luego descender lentamente. El asfalto quemaba sus ya desgastadas suelas. No llegaría según lo que había previsto pero necesitaba encontrar una especie de refugio.

Su instinto le dijo que anduviera un poco más y le hizo caso. Ya al anochecer, se topó con una caseta de vigilancia abandonada. Se detuvo por el terreno y se dio cuenta que no había peligro alguno. Se metió allí y se dejó caer sobre el suelo de cemento frío y rasposo. No le molestó y agradeció tener un lugar para descansar. Pensó en sacar el trozo de pan pero no tuvo tiempo, se quedó dormida casa inmediatamente.



### III

-Jefe, este es el recibo del pago que recibimos en el último lote de muebles enviados a Japón. Ah, esto es también para que lo firme.

-¿Qué es?

-El espacio para la exhibición de la...

-¡Ah!, lo había olvidado. Vale, vale.

La mano magullada por el trabajo casi dejó una marca de aceite en la hoja que firmaba.

El asistente se retiró y en el taller en donde Luís se encontraba, había dos hombres más que le ayudaban a cubrir la demanda de muebles exclusivos. En el fin de semana, con un par de cervezas, él se sentaba sobre su mesa de diseño y elaboraba los bosquejos que parecían quedar almacenados en su mente, esperando el momento de ser tomados y puestos sobre el papel.

Tenía tantos que debía organizarlos por temporadas y aquello había llamado la atención de ricos y famosos que querían lo más exclusivo en sus casas u oficinas. A Luís le parecía que eso era una “mierda esnob” pero la paga le daba para mantener su vida. Quizás era un poco hipócrita de su parte.

Volvió a su trabajo, a lijar y pulir, a pegar, a clavar, a barnizar. Sus ayudantes tenían gran respeto por él y no lo veían como un jefe tiránico sino más bien casi como un igual. Luego de cada jornada, los cuatro se sentaban en la cochera a ver el atardecer mientras comían asado. Los placeres sencillos de la vida.

Seguía en lo suyo cuando escuchó el sonido inconfundible de unos tacones. Alzó la vista y se trataba de Sofía.

-Buenos días, chicos. Hola, Luís. Quería hablar contigo... A solas.

Ellos estaban acostumbrados a su presencia pero a él, en particular, no le gustaban las visitas sorpresas.

-¿Qué buscas?

-Ven, vamos a hablar.

Sofía era la decoradora de las estrellas. Su buen gusto la había llevado a diseñar para actores multimillonarios y presidentes. A Luís le parecía chocante tener algo de contacto con aquellos mundos. A pesar de ello, a él le gustaba su caminar, el pelo largo y negro, las caderas anchas y los pechos grandes. Le recordaba la exuberancia de Mónica Bellucci.

Ambos se habían conocido en esas tantas conferencias de diseñadores y decoradores. Los dos intercambiaron una mirada intensa y no faltó mucho para ambos follaran sobre las cajas de cartón del almacén luego del primer apretón de manos.

Lo suyo no era formal sino ocasional. Aunque, lo mejor de todo era que a Sofía le encantaban las cadenas y los azotes. Para Luís era una pequeña vía en donde podía expresar, al menos un poco, toda esa vena Dominante que tenía dentro de su ser.

Se acercaron entonces a una esquina, fuera de la vista de indeseables.

-Mola esa camiseta mojada. Me encanta cómo se te ve.

-A ver, a ver. ¿Qué se te ofrece?

-¿Recuerdas el pedido del sofá? Lo necesito pronto, muy pronto. El cliente está ansioso de tenerlo en su sala.

-Venga, Sofía, estoy atiborrado de trabajo. No sé si podré hacértelo a tiempo.

Ella se acercó lentamente. Se quitó los lentes y meneó el cabello. Luís sintió el roce de los pechos de ella sobre su mano.

-¿Será posible algún tipo de esfuerzo extra? Puedo pagar para que se agilice el proceso.

Mordió sus labios, aquellos labios que a él tanto le gustaban.

-Puede ser –Acarició suavemente el pezón sobre la ropa.

-¿Esta noche?

-Dejaré la puerta abierta.

Ella se echó lentamente hacia atrás como para que él no olvidara el compromiso.

Luís ya tenía en su cabeza varias ideas para arrancarle gritos y gemidos de placer a aquella deliciosa mujer.

Cayó el día y la jornada había terminado. Miró orgulloso aquel mueble pendiente y pensó que sería buena idea sacarle en cara a Sofía todo el esfuerzo que requirió para construir en pocas horas, la obra maestra que admiraban sus ojos en esos momentos.

Despidió a los chicos y palpó la camiseta negra que tenía. Estaba empapada de sudor y sonrió para sí.

Fue hacia la puerta con la intención de bañarse. Como conocía a Sofía y sus sorpresas, se apresuró para estar listo. Se metió en la ducha y al salir, notó que debía cortarse un poco el cabello. No le dio mucha importancia al respecto.

Desnudo, fue a la habitación para verificar que todo estaba bien. La cama acomodada y las cuerdas disponibles. Estaba desesperado por atarla y darle tantos azotes como su cuerpo pudiera aguantar.

Buscó un vaquero que encontró en uno de sus tantos cajones desordenados.

-Sólo esto hará falta.

Iba a bajar cuando recordó el fuste que descansaba en la pared de su closet. Fue a tomarlo y constató el estado del cuero. Le gustó la sensación en la palma de la mano y pensó que Sofía también le gustaría.

Bajó a la cocina para tomar una cerveza. La casa permanecía a oscura ya que había comenzado el juego, la cacería había empezado.

El lento chirrido de la puerta principal, detuvo a Luís de tomar otro sorbo de cerveza. Bajó lentamente la botella hasta dejarla sobre la encimera y apartarse luego a una de las paredes para observar a Sofía que estaba con un sencillo vestido negro.

Sabía que ella no tenía nada debajo y su imaginación le provocaba una erección que apenas el cierre de su pantalón podía contener.

-¿Hola?

No hubo respuesta. Ella entonces dio varios pasos hasta cerrar la puerta tras sí. Dejó caer el bolso sobre el sofá y continuó buscando a Luís.

-Sé que estás por allí. Vamos. Aparece.

De nuevo, sin respuesta.

Sofía sabía que él estaba cerca, su presencia era palpable así que quiso jugar un poco al gato y al ratón. Alzó la mirada y vio la luz que salía de la habitación principal. Interpretó esto como una invitación y decidió subir las escaleras lentamente.

Se encontró a mitad de camino cuando sintió las manos fuertes de Luís sobre sus caderas. Se sobresaltó pero también comenzó a excitarse frenéticamente. Quedó tendida sobre varios escalones. Su vestido cedía ante las manos de él.

Quedó con las piernas abiertas y las nalgas dispuestas. Inmediatamente sintió la lengua violenta de Luís que la saboreaba desde tras. Un fuerte gemido resonó la silenciosa casa.

-Arrodíllate.

Escuchó y terminó de descansar en la escalera. Luís, por su parte, comenzó a darle sexo oral con tanta intensidad que sus piernas no paraban de temblar. La sensación era indescriptible, deliciosa.

Él tomó ambas nalgas y las abrió aún más, con fuerza, con salvajismo. Sofía no paraba de gemir y tuvo que suplicar que Luís la tomara para penetrarla, para poseerla.

-Vas a tener que esperar, ¿entendiste?

Ella comprendió que él era quien mandaba y tuvo que someterse a sus designios.

Luís encontró lo que buscaba, el ano perfecto de Sofía. Parecía un botón en flor, rosado y esperando ser penetrado. Tomó su pulgar y lo humedeció con su saliva. Comenzó a estimularlo, a acariciarlo lentamente y ella chillaba.

De repente, dejó de chupar para llevarla a sí y cargarla. Le dio unas cuantas nalgadas y la subió hasta llegar a la habitación.

Prácticamente la lanzó sobre la cama y ella quedó tendida esperando por él. Abrió las piernas y él lamió su vagina sin parar. De vez en cuando mordía su clítoris con el fin de llevarla al borde de la locura.

Faltó poco para que le rompiera el vestido. Luís estaba particularmente salvaje y eso le encantaba a Sofía.

-Ven. –Dijo él bajándose el cierre del pantalón.

Sus pechos se balanceaban hasta que se arrodilló frente a él. Le dirigió una

mirada pícaro y tomó su miembro con ambas manos. El pene de Luís era grueso, venoso y con el glande rosáceo. Sofía siempre estaba ansiosa por él.

Ella besó la punta suavemente. La mano de Luís la tomaba por el cabello, sujetándolo con firmeza. De esta manera, tenía el control de sus movimientos y del ritmo.

No paraba de lamer, de comerlo entero. Lamía sus testículos también, los introducía enteros en su boca y los hilos de saliva caían en sus pechos. En sus grandes, redondos y perfectos pechos que lo volvían loco.

Quiso parar pero estaba demasiado excitado para hacerlo. Tomó su cuello y lo apretó un poco.

-Sigue.

El ritmo de su lengua y de su boca, la forma en cómo lo miraba hacerlo, el tacto de sus manos sobre su pene, todo aquello era una mezcla de sensaciones que le encantaban. Siguió hasta que sus rugidos se hicieron más intensos y sus ojos se cerraban por el placer. Sacó el pene de la boca de Sofía y explotó en sus labios y parte del rostro. Al verla sonriendo, le dio un par de cachetadas... Y apenas estaba comenzando.

-Quédate ahí.

Ordenó y de inmediato fue al baño. Mientras buscaba una toalla húmeda para limpiarla, se vio por un momento en el espejo. Tenía las mejillas encendidas, la frente perlada y el pecho exaltado. Aun así, se miraba y se sentía terriblemente solo. No quería pensar más en eso, entonces se echó un poco de agua en la cara.

Sofía estaba aún de rodillas cuando sintió el frío de la toalla en la boca. Pacientemente, Luís la limpió. Ella lo miraba ensimismada porque ese gesto no lo había tenido antes y hasta por un momento se sintió conmovida.

Por supuesto, sólo se trataba de una especie de chispazo producto del momento. Eventualmente el regresaría a su forma de Dominante rudo.

Al terminar, fue posible percibir ese fuego intenso que se hallaba en sus ojos. Él la tomó de nuevo por el cuello y la lanzó sobre la cama.

-Ponte en cuatro –Le ordenó.

Hizo lo propio y permanecía en la expectativa de lo que él haría después. De

repente, sintió una especie de calor en su ano, la presión de algo adentrándose en ella. Luís había lubricado un pequeño buttplug de metal. Al hacer contacto con su piel, las diferencias de temperaturas eran más que deliciosas.

Estuvo allí, estimulando la zona con calma y paciencia. Lo movía un poco, lo suficiente para que se acostumbrara a la sensación más rápidamente. Intercalaba el jugueteo con nalgadas suaves y rudas... A veces, hasta un beso.

Se tomó el tiempo de ir a buscar el fute que había dejado al alcance. Volvió a probarlo y lo sintió más que bien. Sofía, quien todavía gemía por el plug, sintió un fuerte ardor que hizo que se trasladara a otra dimensión.

-¿Quieres más?

-Sí, más, por favor.

Otros golpes más, los suficientes como para dejar sus nalgas rojas y con algunas marcas de sangre. Para llegar a ese punto, los dos habían pasado varias noches juntos de lujuria desenfrenada.

Él se antojó luego de su espalda y de sus muslos. Quería que ella recordara que era él el hombre que decía qué hacer con su cuerpo. Mientras estuvieran en la misma habitación, Luís era quién mandaba.

Los alaridos de dolor y placer fueron suficientes para que el pene de él se volviera duro como una roca. En ese punto, le pareció conveniente traer consigo unas cuerdas y así, tendría la excusa perfecta para estrenar el gancho metálico que había colocado en el techo. Prometía ser una sesión divertida.

Un par de palabras fuertes fueron suficientes para que ella se levantase y quedara de pie frente a él. Sus piernas temblaban, sus ojos estaban llorosos y la piel ardiendo. Era una imagen más que agradable para Luís.

Sin decir palabra, le tomó las muñecas y las ató a una velocidad sorprendente. Justo en el nudo que unía sus manos, hizo una extensión con un trozo de cuerda faltante. Se echó para atrás y sonrió satisfecho, era el resultado que esperaba. Durante todo el proceso, Sofía lo miraba minuciosamente, sin saber muy bien el motivo de los amarres tan extraños. Al final se llevaría una sorpresa.

Las manos de Luís sostuvieron la cuerda y la llevó hacia un extremo de la habitación. Ahí Sofía pudo ver que se trataba de un gancho metálico que resplandecía en medio de la oscuridad. Sonrió para sí.

La altura de Luís le permitió colgar fácilmente el cuerpo de Sofía. Ella, de puntillas, apenas podía mantener el equilibrio.

-Bien, bien. Ahora todo se pondrá interesante.

Los nervios hacían que ella riera, la sonrisa de satisfacción de Luís era difícil de ocultar así que aprovechó el momento para darle unas buenas nalgadas y para recordarle que aún tenía puesto el buttplug.

-No he terminado contigo.

Sofía pseudosuspendida, gimió de dolor y sintió que perdía el equilibrio. Era él que la volvía a devorar por detrás.

La adrenalina en ambos cuerpos corría por sus venas con frenesí. La boca de Sofía estaba abierta pero no emitía sonido alguno, estaba privada, sometida a los placeres de su amante. Luís, por otro lado, quería darse la tarea de saborear su cuerpo tanto como quisiera.

Detuvo su mano entre ambas nalgas y extrajo lentamente el buttplug. Las muecas de ella eran sumamente estimulantes así que no tardó mucho tiempo en tomarla y penetrarle el ano. Al principio fue lento, porque sabía que hacerlo por allí requería de delicadeza. Sin embargo, luego de tenerlo dentro, la pelvis de él inició un movimiento más fuerte y uniforme.

Las caderas anchas de Sofía eran perfectas para sus grandes manos. Las ocupaba como un conquistador sobre tierras vírgenes. Estaba en el éxtasis.

Al paso del tiempo, los dos se encontraron en una sintonía de gemidos y ruidos.

-Puta. Eres mi puta.

-Sí... Ay, sí.

Seguían follando duro, fuerte hasta que él sintió que estaba a punto de correrse. Extrajo su pene y mojó sus nalgas con su semen caliente. Ella estaba un poco más cerca, así que él la masturbó desde esa misma posición. No podía creer lo húmeda y caliente que estaba.

Estimuló sus labios y clítoris. De vez en cuando propinaba insultos para excitarla más, era algo que a ella le gustaba demasiado. Los muslos temblaban violentamente anunciando la llegada del orgasmo. Un grito agudo desencadenó, además, el fluido producto de la intensa excitación.

Apenas sus pies podían sostener su cuerpo cansado y él tomó la cuerda para llevarla a la cama a que descansara. Sofía cerró los ojos y se quedó rendida casi de inmediato. Él permaneció de pie y pensó en que sería buena idea tomar una cerveza y fumar un cigarro.

Volvió a ponerse los jeans y la casa quedó cubierta por niebla y silencio. Tenía un poco de frío pero no le importó ya que quería disfrutar por un momento la soledad que le habría brindado el momento.

Le gustó el sexo y el cuerpo caliente y dispuesto de Sofía. Todo parecía esta igual pero había algo que no lo convencía, que parecía faltar.

Escuchó un ruido pero no le prestó atención.

-¿Luís?

No respondió. Quería que la soledad durara más tiempo.



## IV

Elena se había acostumbrado a mantener un ojo abierto por las dudas. Pero esa vez fue diferente. Estaba profundamente dormida. Unas voces se acercaban a ella y la amenaza parecía inminente.

Estaba apoyada en la puerta con la intención de sentir si algo malo sucedía. El bolso sobre sus piernas así como el resto de sus cosas para poder huir con rapidez.

-Oye, tío. Parece que hay algo aquí.

Ella cayó dormida y la luz golpeó sus ojos con violencia. El dolor hizo que se despertara con malhumor hasta que vio los rostros de los extraños.

-Vaya, vaya. Miren lo que tenemos aquí. Una linda muñeca, eh.

Elena los contó, eran tres. Sintió un pánico indescriptible. Se incorporó velozmente y quedó rodeada por lo que daba pasos hacia atrás en búsqueda de alguna salida. Sin embargo, aquellos hombres la intimidaban con esas expresiones de amenaza y lascivia.

-Vale, hemos caminado mucho y merecemos una compensación. ¿Por qué no te nos unes a la celebración?

Más pasos hacia atrás pero no ella no encontraba alguna vía de escape. Trató de mantener la calma y a convencerlos que su idea era un absurdo.

-Vamos chicos, déjenme ir. Soy una tía bien aburrida, así que su fiesta sería mejor si no estoy, ¿vale?

Ellos sólo sonrieron amenazantes. En ese momento, Elena quiso poner en práctica una medida que sólo había visto funcionar en las películas, su instinto rogaba para que funcionara. Rápidamente, enterró su pie derecho para desplegar una cortina de arena para ganar algo de tiempo. Sorprendentemente, funcionó.

Los tres se taparon los ojos y ella comenzó a correr tan rápido como pudo. Sonrió a ver que el espesor del bosque. Tendría la oportunidad de esconderse entre los árboles.

-MENUDA PUTA ESTA.

Logró escuchar y, mientras huía, sus captores acortaban distancia. Eran veloces y, además, estaban cargados de ira.

Ella logró trepar uno árbol y permaneció quieta, como solía hacer cuando era una niña. De hecho, las veces que su padre llegaba del trabajo y la buscaba para golpearla, corría y se escondía en los árboles. Así aprendió a verlos como gigantes protectores y aquella percepción no cambió mucho al crecer.

Rezaba internamente, rogaba no ser vista, sólo quería que la dejaran en paz.

Pasó horas enteras entre las ramas y las picaduras de los bichos. Ahogó el dolor para que no se percataran de su presencia. Dieron rondas hasta que se dejaron vencer y se fueron. Elena estaba a salvo por los momentos.

Sacó el mapa del bolso y aún la ciudad estaba muy lejos. Sin embargo vio un camino de tierra que podría ser señal de presencia de alguien. A pesar de sus malas experiencias, pensaba que existía alguien de buen corazón dispuesto a ayudarla. Debía aferrarse a esa esperanza.

Poco a poco, y sin dejar de mirar a los lados, descendió del árbol. Vio con pánico como iba descendiendo el sol.

-Joder...

Apretó la marcha y siguió el camino que le indicaba el mapa. No tenía idea de lo que podría encontrar allí.



## V

-¿Por qué no me respondiste cuando te llamé?  
-Lo siento, estaba concentrado en otra cosa.

-Mmm, vale.

-El mueble lo puedes retirar mañana. Está listo.

Sofía se acercó a él de manera sensual.

-Sabía que no me fallarías. Mandaré un camión porque lo quiero íntegro y sin raspones.

-Vale.

-¿Nos veremos luego?

-Seguro.

Ella le dio un beso y salió sintiendo un poco de dolor gracias a la sesión. Luís la observó salir y sonrió por acción refleja.

Dejó el asiento de la cocina y fue a tomarse un baño. Tenía ganas de salir a la ciudad y comer afuera, sentía la necesidad de mezclarse entre la gente, de ver otros rostros, de no sentirse tan solo.

El instinto de Elena celebró ver la casa que se divisaba en el horizonte. Sus piernas apretaron la marcha a pesar de sentir que estaba a punto de desfallecer. Tenía sed, hambre y una necesidad inmensa de tomar un baño. Deseaba tener un poco de suerte.

Cada paso la hacía sentirse más impresionada. La casa le parecía grande y hermosa. También le pareció particular que se encontrara aislada pero era su día de suerte, así que no quería invocar más catástrofes.

Tocó la puerta ansiosa. El corazón le palpitaba con fuerza y cruzaba los dedos.

-Por favor, que sea un buen samaritano, por favor.

Esperó unos minutos y tocó dos veces más. No hubo respuestas y ya se disponía en retirarse cuando escuchó un pequeño “clic” de la puerta. Se sintió impactada con la imagen del hombre más atractivo que había visto.

Luís apenas se había terminado de vestir cuando escuchó la puerta. No contestó de inmediato porque no quería lidiar con otro requerimiento de Sofía. Volvió a escuchar la puerta y salió para ver de qué se trataba.

La luz iluminaba el rostro cansado de una joven hermosa. Ojos verdes, de tez blanca y cabello negro y muy corto. Tenía los pantalones sucios y los zapatos rotos, así como el resto de su ropa. Parecía maltratada y golpeada. Los dos se quedaron en silencio por un momento hasta que Luís le preguntó.

-¿En qué puedo ayudarte?

-Señor, señor. Mire, necesito su ayuda. He querido ir a la ciudad pero he sufrido de desgracias en el camino. No he comido bien, no he tomado un baño y tampoco sé lo que es dormir. ¿Podría... usted... podría...

La voz de Elena se apagó lentamente y cayó cuando justamente Luís la tomó entre los brazos antes de tocar el suelo. Era ligera, delicada y tenía el rostro sucio, muy sucio. Por alguna razón, la llevó consigo hacia el interior.

Cargándola, se percató que el estómago rugía como un león.

-Debe estar hambrienta.

La dejó en el sofá y subió rápidamente las escaleras para revisar la habitación de huéspedes. Iluminada, blanca y sencilla, parecía estar lista para recibir a cualquiera. Aunque, la verdad, dispuso ese lugar por pura formalidad. Por suerte, le serviría de utilidad esta vez.

-El baño parece bien... Ehm, hay sábanas y toallas limpias. Estoy impresionado de mí mismo.

La joven aún estaba inconsciente cuando fue a buscarla en el sofá. La tomó y subió las escaleras hasta dejarla sobre la cama. El sol aún brillaba, descansando en el cuello de ella. Permaneció allí, intrigado, esperando a que despertara. Sin embargo, no obtuvo respuesta y cerró la puerta. Luego tendrían oportunidad para hablar.

Elena abrió los ojos con dificultad. Los párpados los sentía pesados, como si tuvieran atados un par de plomos. De repente, todo le daba vueltas y la debilidad era insoportable. En ese instante, recordó que no había comido nada y que sólo tenía en el estómago un trozo de pan y un poco de agua. Una dieta muy lejos de ser balanceada.

A duras penas pudo levantarse y lo último que vino a su mente fue caer a los pies de un hombre sumamente guapo. Rió para sí, al menos reservaba un poco de humor.

Notó que su cuerpo no quería despegarse de la cama ya que era limpia y bastante cómoda. La habitación también le daba una sensación fresca aunque sencilla. Dio unos cuantos pasos y vio el baño. Había toallas, jabón, champú y hasta un cepillo de dientes con pasta dental. Lloró de la felicidad porque alguien finalmente la había ayudado.

Estaba dispuesta a tomar el baño cuando vio una muda de ropa sobre el inodoro. Sólo era pantalones deportivos, una franela de algodón y unas medias gruesas. Se quitó todo lo que tenía encima y abrió las llaves en la ducha. Estaba feliz.

Luís tamborileaba los dedos sin parar. Más que recordar una canción, era producto de la ansiedad. ¿Quién era la chica que había encontrado y por cuánto tiempo estaría allí? Sintió lástima por ella y por eso la dejó en la habitación. Pero también podría tratarse de una impostora o peor aún, alguna amante enfurecida en búsqueda de venganza.

Veía el piso superior, sus ojos estaban concentrados en las escaleras, estaba ansioso por saber de quién se trataba. La hipótesis de una chica enfurecida cobraba fuerza por lo que su mente estaba preparándose para todos los escenarios posibles.

Las toallas olían a limpio, incluso Elena infirió que estaban nuevas. La sensación era más que placentera. Miró su reflejo en el pequeño espejo encima del lavabo y suspiró. Ya no tenía sucio, sus ojos estaban verdes, muy brillantes, y su piel, naturalmente blanca, había adquirido un tono bronceado por el sol. Se tocó el rostro, lo sintió suave, agradable. Era increíble que todos esos detalles contaran para que una persona se sintiera realmente feliz.

Terminó de secarse y se vistió rápido. Sabía que debía agradecer a su salvador. Asomó el oído para percibir si había algún ruido cerca pero no escuchó nada, estaba sorprendida del silencio que hacía. Tragó fuerte y bajó las escaleras, de repente, olió el aroma del café recién hecho, pan tostado y, quizás, mantequilla de maní.

Pero el miedo era más grande que ella y todo aquello que olía delicioso pasó a segundo plano. Silenciosa descendió los escalones y se encontró con la

espalda ancha del tío que la había ayudado. Alto, musculoso pero no demasiado y, además, estaba cantando mientras preparaba el desayuno. Elena sintió que tendría suerte.

-Hola...

La voz salió casi a rastras de su garganta.

-Gracias por... Por esto. Lamento haberme desmayado, yo...

-Ven a comer. Debes estar famélica.

Elena escuchó su voz gruesa e imperativa. Asintió y se acercó a la encimera.

-¿Café? ¿Pan tostado?

-Sí, sí, por favor.

-¿Huevos?

Lo miró con rostro inocente.

-Vale. Toma, mantequilla de maní y jalea. Lo que prefieras.

-Gracias. De verdad.

-Mejor come.

Elena bien un plato copioso de pan tostado y huevos revueltos con jamón. La taza de café con leche aún estaba humeante. Luís le alcanzó un vaso de jugo de naranja fresco.

-No creo que pueda con todo esto.

-Sí, sí lo harás. Necesitas hacerlo. Ese desmayo es porque no te estás alimentando bien y es necesario que lo hagas. Así que a darle caña.

Ella esbozó una ligera sonrisa y lo miraba cuando él no le prestaba atención. Le gustaron sus ojos cafés así como la forma ceremoniosa en que le servía la comida. Observó sus brazos tatuados y el cabello castaño claro.

Devoró todo lo que tenía enfrente en cuestión de minutos y quedó más que satisfecha. Pensó que tenía lo suficiente para continuar con su camino aunque internamente no quería dejar el micro espacio de comodidad que había disfrutado.

-A ver. Comencemos por lo obvio. Me llamo Luís. ¿Y tú?

-Elena... Me llamo Elena.

-Bien, Elena. –Su voz seguía gruesa y distante. –Estabas buscando ayuda y casi caes en el suelo. Supuse que estabas débil y me has confirmado la teoría, ahora bien, ¿qué hace una chica como tú deambulando por ahí?

Luís, al verla con mejor detalle, supo que no sólo era hermosa sino también muy joven. Quizás unos 19 años a lo sumo. Se veía frágil pero determinada. Eso le gustaba pero, aun así, debería saber más sobre ella.

-Escapé de casa. Es una historia larga de explicar pero he llegado hasta aquí porque deseo ir a la ciudad. Necesito encontrar trabajo y estabilizarme. No tengo ni un duro en el bolsillo.

Bajó la cabeza y trató de no llorar.

-¿Por qué huiste?

-Mi padre es un golpeador y mi madre alcohólica. La situación se volvió insostenible a tal punto que sólo tomé algunas pocas cosas y me fui. Creo que, hasta el sol de hoy, ellos ni se han enterado. No les importa.

-Vale. Entonces te fuiste y has estado por ahí. A ver...

-Señor, ya ha hecho demasiado. Me iré. Déjame cambiarme de nuevo...

-No te he pedido que te vayas. Además, creo que en tu estado no llegarías muy lejos.

-¿Podría quedarme un par de días? Prometo no ser una molestia. De verdad me apena pedirle esto pero es que lo necesito demasiado.

Elena no pudo evitar ponerse a llorar. Por más que se secase las lágrimas, sus ojos no podían ocultar la tristeza ni la desesperación.

-Vale. Está bien. Lo único que te voy a pedir es que no me interrumpas cuando trabajo. Mi estudio y mi taller son sagrados. ¿Entendido? Trataré de darte algo de ropa decente. Ah, ni te molestes con eso viejo que tenías puesto, estaba a punto de desintegrarse.

Ella sonrió y dejó ver la esperanza que le provocaba esa noticia.

-Así será, prometo no molestarlo.

-Vale. Termina de comer. Ahora iré a trabajar. Ya sabes, nada de interrupciones. De resto puedes pasearte si quieres pero no hagas la

imprudencia de irte por ahí.

-No sabe cuánto se lo agradezco.

-Vale.

Luís dejó de mirarla porque estaba sintiéndose un poco extraño. Elena le enternecía y esa sensación era nueva para él.

-Quizás con esto pueda lavar un poco mis pecados.

Elena quedó en la cocina saboreando los últimos trozos de pan con mantequilla de maní. Su suerte no podía ser mejor, era su marca favorita.

Sentía ganas de saltar y bailar. Tenía un poco de ropa y lo mejor de todo: un techo en donde dormir. Un techo cómodo y bonito. El entusiasmo hizo que se bajara de la silla como una niña y subiera las escaleras velozmente, tomó sus zapatos y se dispuso a salir. Quería conocer un poco más se lugar tan fascinante.

El sol brillaba a lo alto y el cielo estaba despejado. Hacía un día agradable y tranquilo. Caminó por una senda que la llevó hacia el patio. La imagen era por sí sola imponente: árboles altísimos, césped verde y una pequeña montaña de hojas amontonadas a un lado. Tuvo la tentación de echarse allí pero era mejor no hacerlo. Era mejor no abusar del buen gesto de Luís... Luís. Ese hombre que la hacía sentir intimidada pero también protegida.

-No seas tonta. Mejor disfruta esto.

Se dijo finalmente al echarse sobre el suelo y ver el cielo con una paz que no había sentido en mucho tiempo.

Un ruido que Luís pudo identificar como un camión, alertó a Luís para que viera con más detalle lo que suponía.

-Sofía...

Salió y efectivamente era ella. Tan elegante, tan refinada... Como siempre.

-Luís, querido. ¿Está listo el mueble?

-Sí, está envuelto y empaquetado para llevar. Ahí está.

Unos hombres tomaron el sillón con cuidado y lo llevaron al camión. Los dos quedaron juntos, observando la escena.

-¿De verdad esto es necesario?

-Tu trabajo es muy apreciado y cada pieza debe ser tratada con cuidado. No voy a poner en riesgo mi reputación ni la tuya.

-Vale, vale.

Sofía quería coquetear con él hasta que vio un rostro desconocido. Pensó que estaba alucinando hasta que se dio cuenta que era una chica.

-No sabía que traías tu diversión a casa.

-¿Ah?

Luís se volteó y vio cómo la pequeña cabeza de Elena se había escondido de repente detrás de la casa.

-Es una chica que ha venido en busca de ayuda. Se desmayó entre mis brazos casi al abrirle la puerta. Sí, sé que es algo difícil de creer.

-Bastante.

La voz tenía un dejo de desprecio y, tal vez, ¿celos?

-Bueno, te dejo con tu juguete. Hablamos pronto.

-No hay necesidad de decir tonterías, Sofía.

-Adiós, querido.

Los tacones marcaron la ida de ella y también el fin de la discusión. Luís estaba cansado y, además, confundido. No pensó más en el asunto porque debía diseñar un nuevo material.

Iba camino a la entrada cuando recordó el rostro inocente de Elena. Se rió solo y pensó que sería buena idea ir a verla. Cambió la dirección y fue hacia el patio el cual, por cierto, era uno de sus orgullos. Lo había diseñado con el fin de ofrecerle un espacio en donde pudiese sentirse libre y tranquilo, que sirviera como un escape en días complicados.

Elena miraba las nubes cuando sintió unos pasos, se incorporó rápidamente. De alguna manera, la luz lo hacía ver casi como un dios.

-Ho-hola. Lo siento, escuché un ruido y...

-Deja de pedir disculpas, ¿vale?

-Lo siento.

-Ja, ja, ja, ja. Lindo día, ¿verdad?

-Sí, es difícil no disfrutarlo con este patio. Es hermoso.

-Gracias, es lindo pero también necesita de mucho trabajo.

-Puedo imaginarlo. Supongo por tu cara que te preguntas de qué iba todo ese escándalo. Pues, estaban buscando un mueble que había hecho.

-¿Haces muebles?

-Algo así. Quizás en algún momento te muestre mis trabajos.

-Me encantaría.

-Bueno, mejor me retiro. Es momento de volver al trabajo. Espero que te sientas cómoda aquí.

-Gracias, Luís.

Escuchó su nombre e hizo eco dentro de él. No es que fuera algo especial pero sin duda había algo diferente en la forma en cómo lo dijo. Se fue entonces a la rutina de siempre.

Él había perdido la noción del tiempo al darse cuenta que ya era de noche.

-¡Joder!

Pensó que su estómago rumiante se debía a un error de cálculo o a una fantasía, pero no, no era así. Para colmo, supuso que Elena estaría igual. Salió corriendo de su estudio y todo se encontraba en silencio. La sensación de culpa lo tenía angustiado, hacía tiempo que no sabía cómo lidiar con aquello de los invitados.

Tocó la puerta de la habitación de huéspedes. Nada. Volvió a tocar. Nada otra vez. Giró la perilla con lentitud y preocupación.

-Ele...

Ella dormía plácidamente entre las almohadas. Imperturbable, tranquila, como en el mundo sólo existiera esa cama. Luís la miró conmovido, tenía frente a sí a una criatura tan frágil, tan vulnerable, mientras que él era todo lo opuesto. Dio unos pasos hacia adelante pero se rindió y cerró la puerta. Haría la cena.

-Algo ligero-Pensó.

Unas cuantas rebanadas de pan de centeno, jamón curado, queso, lechuga y un poquito de mostaza. Algo sencillo pero que serviría para calmar el hambre atrasada. No pasó mucho tiempo para que bajara Elena.

-Hola. Lo siento. Me quedé dormida.

-No te preocupes, debe ser el cansancio acumulado. Apuesto que has pasado por mucho. Ten, supongo que tienes hambre.

-Gracias –Dio un primer mordisco–Me siento apenada por todas las molestias que te has tomado.

-No te preocupes. Aunque sí me gustaría saber algunas cosas de ti. Como comprenderás, creo que es necesario que desarrollemos confianza. Tanto tú como yo.

-Estoy de acuerdo.

-Bien. Mencionaste que huiste de casa y que tus padres no tienen un buen prontuario. Cuéntame un poco más de ti.

-Tengo un par de hermanos, quizás más por parte de padre. Los que conozco han estado en prisión en varias ocasiones. Ellos realmente no han tenido una presencia en mi vida así que son como unos desconocidos para mí. Yo... Pues, hace unos días cumplí 18 años. Lo había olvidado por completo.

-Vaya...

-Sí, estaba más preocupada por sobrevivir. Casi me muelen a golpes varias veces.

-¿Te hicieron algo? –Respondió él un poco alterado.

-Oh, no, no. Pude librarme de ellos pero de milagro. Supongo que tengo un poco de buena suerte en ese sentido.

Luís arrugó la cara.

-Para alguien que ha recibido maltratos casi toda su vida, el tener un día sin recibir algún golpe es casi una victoria.

-Lamento mucho que pasaras por eso.

Hubo silencio. Luís pudo notar que el cerebro de Elena reproducía los recuerdos más oscuros que pudiera tener.

-No tienes que hablar de ello si no quieres.

-Está bien. Dijiste que ayudarías a tenernos confianza y tienes razón. Mi familia es disgregada y he tenido que lidiar con ello. Por eso me gusta leer mucho aunque sólo tengo dos libros conmigo. Algún día me gustaría tener más.

-¿Qué más te gustaría?

-Tranquilidad.

Con aquella respuesta, pudo entender la vida que tuvo Elena. Asintió.

-Por otro lado, ¿podría hacerte preguntas?

-Claro. Lo de la confianza también aplica para mí.

-Excelente. –Sonrió- Dices que haces muebles, ¿te refieres a diseño industrial?

-Sí, exactamente. No sólo el bosquejo sino también la construcción. Así que supondrás que me lastimado bastante con lijas y astillas.

-¿Puedo ver tus manos?

-Eh... Sí, claro.

Esta iniciativa le pareció extraña a Luís pero se dejó convencer rápido... Quizás demasiado.

Ella entonces tomó sus manos con delicadeza y exploró las palmas. Eran grandes, fuertes, las palmas eran un poco ásperas debido al trabajo. El dorso de ellas tenían venas que servían de marco para los dedos gruesos de Luís. Elena las exploraba con cuidado, como si no las quisiera lastimar.

El tacto le produjo a Luís un ligero sobresalto. Estaba de alguna manera desconcertado por la naturalidad del gesto.

-No están tan mal. La verdad.

Luís salió de su ensimismamiento y le sonrió.

-Voy a tomarlo como un cumplido.

Elena quiso decir una frase inteligente, algo que la hiciera ver como alguien con cerebro pero no pudo. Aquellos ojos cafés, grandes y penetrantes, estaban fijos en ella. No pudo echarse para atrás así que trató de sostener esa

misma intensidad con la que se encontró.

-Mejor me voy. Tengo mucho por hacer.

Él quiso dar la vuelta pero sus pies se lo impidieron. Ella seguía mirándolo hasta que carraspeó un poco.

-Vale.

-Por cierto. Si quieres leer un poco, por allá hay una biblioteca. No hay muchos libros pero creo que encontrarás algo de tu interés.

-Gracias. Has sido muy amable.

-No te preocupes.

Trató de revestirse con indiferencia pero se le hacía difícil. Marchó hacia su estudio y ella quedó de nuevo en la cocina. Tenía la expresión de duda y dio un largo suspiro. Consideró que sería buena idea escabullirse y leer un poco.

La silla se movió lentamente para que cayera el cuerpo cansado de Luís. Estaba cansado por el trabajo, por el juego inútil de Sofía y porque, además, ya no sentía resistencia hacia Elena, más bien todo lo contrario. Una sensación de protección crecía dentro de sí.

Pensó en el momento en que ella tomó sus manos. Las suyas eran suaves y delicadas. Iban acorde a su delgada contextura. Sus ojos verdes de forma avellanada, le resultaban dulces, muy dulces. Por otro lado, pensaba que era muy joven pero era un detalle que no le resultaba tan molesto.

Centró la mirada a la pantalla táctil para seguir diseñando. Encendió el reproductor de música y comenzó a sonar Ten de Pearl Jam.

El estruendo se sintió hasta en las paredes de la sala en donde se encontraba Elena. Supuso que él estaría escuchando música. Ahí estaba, solo en ese lugar que no podía entrar. Tan lejos y tan cerca al mismo tiempo.

Elena decidió que sería sincera consigo misma. Estaba cada vez más atraída hacia él pero era obvio que Luís imponía un muro. Quizás era mejor de esa manera. Se colocó de puntillas y tomó un libro de diseño industrial sueco. Estaba en inglés y, aunque no comprendiera el idioma, le dio igual. Necesitaba distraerse.

Iba a la habitación cuando se encontró en la oscuridad de la casa. Pero los ventanales de la sala permitían la entrada de la luz de la luna. Se quedó ahí,

como si deseara detener el tiempo...Pero no podía ya que de alguna manera debía encontrar su propio rumbo. Entonces subió las escaleras y se encerró.

El dolor en de la muñeca estaba molestándolo, así que un pequeño hilo de ira parecía subir desde sus entrañas hasta la cabeza. Odiaba ese momento porque sabía que debía parar a tomar un descanso.

Un bocadillo sonaba a la perfecta excusa para bajar a la cocina y quizás estirar las piernas... Y, y... Bueno, dar una ojeada a la visita para cerciorarse que todo estuviera bien.

La tentación se volvió real cuando salió del estudio. Una vocecita insistía en que se acercara a la puerta alta que tenía cerca, muy cerca.

-Sólo quiero saber que está bien.

Mandó todo al demonio luego de unos segundos de indecisión. Acortó la distancia drásticamente y tomó el pomo de la puerta, la giró lentamente con la intención de no molestarla por si estaba dormida.

Y efectivamente así era. Un libro abierto por la mitad, descansaba sobre el torso de Elena. Gracias a su respiración, se encontraba en un movimiento ascendente y descendente. Sonrió como un tonto y se dio cuenta de ello casi inmediatamente.

-Qué diablos...

Pero no se movió, siguió mirándola en silencio. Observó las largas piernas, el cabello corto, estilo pixie. Le llamó la atención porque generalmente las chicas jóvenes los solían usar largo.

-“Las chicas jóvenes”.

Se sintió terriblemente viejo.

Iba a cerrar la puerta cuando sintió su instinto animal despertar dentro de sí. Era una locura, lo sabía pero aquella fragilidad de la que era testigo también le resultaba atractiva, seductora. Sacudió la cabeza con fuerza y se fue de allí. En ese momento, Elena abrió los ojos porque sintió que alguien la miraba.

-Ojalá que no haya sido producto de mi imaginación.



## VI

El siguiente día parecía que las cosas iban a estar tranquilas, o al menos así pensó Luís al momento que sonó el despertador a las 7:00 a.m. Hizo un gruñido producto del mal humor pero aun así tomó el impulso de levantarse y tomar una ducha fría. La necesitaba. ¿La razón?, había soñado toda la noche con Elena.

Apenas su cabeza rozó la almohada, pensó en ella. No quiso combatir con aquello así que decidió seguir el rumbo que impusiera su mente. Al principio sólo imaginaba que la besaba, que tocaba su pequeña cintura, acariciándola. Pero luego, todo se volvió más intenso.

Su rostro estaba muy junto al de ella así que recreaba la escena de tomarla por el cuello para ahorcarla un poco. Pero sólo un poco, Elena era frágil y eso le causaba mucho morbo.

Luego él le arrancaría la ropa, violentamente. No existían las mediaciones, sólo el deseo que tomaba el cuerpo de Luís. Quedó desnuda frente así y observó aquellos pequeños pechos que le parecieron blancos y dulces como un par de duraznos maduros. La suavidad de la piel y cómo esta se volvía de gallina por el tacto de sus manos. Estaba excitándose.

Sentía su pene erecto y en ese punto no estaba seguro si estaba en un sueño o en la realidad. Pero, ¿importaba? ¿Por qué no mejor disfrutar del momento y ya?

En medio de la nebulosa de fantasía, él también se quitó la ropa. Se mostró desnudo ante ella. Desnudo y hambriento por saborear su cuerpo.

Se sentó, tomó su pene y lo sostuvo para que ella se colocara sobre él. Ella se acercaba, suave, como una diosa virgen para caer y fundirse con él. El calor de la vulva de Elena, la humedad, esa deliciosa humedad lo hizo gemir y a ella también al momento que sus carnes cedían ante su virilidad.

Las manos de ella se aferraron a él y él hizo lo propio pero en la cintura de la ninfa. Luego de estar acoplados perfectamente, las caderas de Elena comenzaron hacer ese movimiento de vaivén que hacía que las sensaciones fueran aumentando cada vez más.

No había palabras porque no había nada qué decir. Sólo había magia y deseo. Sus pieles parecían confundirse al igual que sus voces que gemían al mismo tiempo. Ella se veía deliciosa, brillante como la luna de esa noche.

-Mi señor...

-Un poco más, vamos.

Alcanzó él a decir apenas, su excitación sólo lo dejaba concentrarse en ese calor que lo abrasaba. Finalmente se corrieron al mismo tiempo, como si estuvieran sincronizados. Luís, la tomó en brazos y la volvió a besar pero con la diferencia que, en ese beso, deseaba demostrarle que sería su Dominante y protector.

Se despertó sudado y mojado por su esperma. Se sintió como adolescente.

-Joder, no soy un chaval.

Luego de limpiarse, llenó sus palmas con agua fría y se la echó en el rostro. Miró su rostro húmedo y enrojecido por aquel sueño tan vívido. Pensó que se calmaría pero no, pasó todo lo contrario. De hecho, el pensamiento de abrir la puerta inesperadamente, tomarla y hacerla suya, cruzó por su mente.

-Estoy loco. Es imposible.

Apagó la luz y volvió a echarse sobre la cama. Tenía tanto que hacer que distraerse no era una opción.

Así fue cómo se levantó en la mañana. De mal genio, para variar pero con el recuerdo del sueño. Cepillaba sus dientes y, sólo el ápice, de las sensaciones que había tenido, le produjo otra violenta erección.

-Maldita sea.

El baño de agua fría pudo calmar un poco la situación y también la llamada del cliente urgido que necesitaba el mueble para una muestra que involucraba muchos millones. El deber llamaba.

Elena se estaba acostumbrando a despertar con el manso calor del sol. Extendía su mano izquierda y jugaba con la idea de poder atrapar algún rayo. Se permitía sentirse como una niña, aunque fuera por un momento.

Saltó de la cama casi cantando y entró a la ducha. Agua caliente y jabón de leche. Estaba en el cielo.

También se sentía empequeñecida la presencia de Luís pero no era una sensación que la molestara, más bien quería ir un poco más allá. Esa idea, por cierto, no había dejado su cabeza desde el primer momento en que lo vio.

Sintió el calor del agua y se imaginó que se trataban de los dedos de Luís recorriendo todo su cuerpo. La sensación hizo que cerrara los ojos y sonriera. Elena estaba explorando la excitación pero no lo tenía muy claro. El momento en que sintió que su vagina palpitaba, se sintió preocupada y se espabiló rápidamente. No estaba bien, fantasear así con ese hombre no estaba bien... ¿O sí?

Daba igual, nadie estaba viéndola, así que continuó en donde se había quedado. El pálpito volvió entre sus piernas. Instintivamente, acarició su clítoris y una especie de calor recorrió la planta de sus pies y la hizo estremecer. Se sostuvo de la pared y continuó acariciándose al mismo tiempo cuando su cuerpo ansiaba ser conquistado por Luís. Luís... Repetía su nombre en voz baja como invocándolo. Quería conectarse con su mente y que él supiera que ella deseaba estar con él desesperadamente.

Pellizcaba un poco sus pezones, un poco de dolor, un poco más. Lo hacía más intensamente. La humedad de su vulva se confundía con el agua que caía acariciándola. Se tapó la boca, sus piernas temblaban, la mano acariciaba con violencia su clítoris y así, en cuestión de fugaces minutos, había tenido su primer orgasmo.

Abrió los ojos lentamente y cerró las llaves de agua. Tomó una toalla y quiso esconderse aunque no sabía muy bien de quién. Probablemente de ella misma.

Miró su reflejo en el espejo y notó que estaba sonrojada y con la expresión de niña apenada. Se rió y pensó en lo mucho que le gustaría besarlo. ¿A qué sabrían sus labios? ¿Qué forma tomarían sus manos al acariciarla?

Mejor pensar en otra cosa, mejor concentrarse en el libro en inglés que no entendía bien y así olvidarse del asunto por muy difícil que fuera.

Se acercó al pequeño mueble de madera, notó que había ropa nueva y tomó una muda sencilla y cómoda. Mientras lo hacía, se sorprendió que todo le quedara bien. El ojo de Luís era muy bueno con los detalles, era innegable.

Quedó en silencio y se percató que todo era nuevo. El olor y las etiquetas eran claras señales que era así.

Sin embargo, ya llevaba unos cinco días allí y era mejor pensar en el próximo paso. La ciudad estaba a unos cuantos kilómetros y tenía el dinero suficiente para comprar un pasaje de autobús. No más. Ni para un pedazo de pan viejo.

Como no era la primera vez que se encontraba en una disyuntiva, tomó unos momentos para pensar y tomar fuerzas. Vio su bolso, sucio y gastado, así que se distraería un poco al limpiarlo y organizarlo. Esa sería la primera tarea del día.

Salió de la habitación y el aroma inconfundible del café recién hecho la había puesto de buen humor. Los pensamientos fatalistas cederían al menos por un momento.

-Buenos días.

-Hola, buenos días. Aquí tienes. No te acompañaré porque tengo mucho que hacer hoy.

-Vale, gracias por el desayuno.

-Tienes a disposición la comida que tienes aquí. Así que, si tienes hambre, no dudes en servirte algo.

-Gracias. Quería preguntarte en dónde podía limpiar esto. –Le dijo enseñándole el bolso.

Él hizo un gesto de desagrado y luego sacudió la cabeza.

-No, no. En la habitación dejé uno un poco más grande y nuevo. Ese te va a dejar mal parada en cualquier momento.

-Pe-pero, Luís. No es necesario, de verdad. Puedo usar este.

-Elena, hazme caso.

-No quiero ser una molestia...

-No lo eres, así que quédate tranquila. Sé qué se siente estar perdido y necesitando ayuda. Bueno, ahora sí, me voy. Estaré en la cochera cualquier cosa que necesites.

Se fue como una ráfaga y ella quedó mirándolo desde la distancia. La ligera ropa le hizo concluir que pronto pondría manos a la obra sobre la madera. Ella, entonces, subió para volver al libro de diseño. Quizás así se distraería.

Luís caminaba hacia la cochera con expresión de concentración. El cielo

estaba despejado y hacía un poco de calor, por lo que se justificaba el uso de vaqueros rotos, sobre todo cuando le tocaba hacer un oficio tan físico.

Los pensamientos, sin embargo, iban en dirección a Elena. Se felicitó a sí mismo por el haber dado con la talla correcta de ella.

-No le queda mal nada.

Sonrió y recordó los jeans gastados y la camiseta de mangas largas de color negro. Aunque no tenía el diseño de moda, era ropa. Nada que ver con los jirones de tela que tenía puesto en día que la vio.

... El día que la vio. No pudo negar que estaba extrañado pero también conmovido. Quiso protegerla y cuidarla desde ese instante. Pero también sabía que ese gesto podía ser objeto de recelo así que trató de mantener distancia.

Después de dejarla en cama, fue rápidamente al pueblo más cercano y compró algo de ropa y víveres. Recordó la veces que pasó hambre y frío cuando era más joven. Así que el verla así le tocaba una fibra sensible.

Aún dormía cuando regresó a casa. Se veía tan delicada y fuerte al mismo tiempo, la dualidad le conmovía a la vez que le resultaba nuevo, extraño.

Cinco días. Habían pasado cinco días y la presencia de Elena estaba en cada esquina así ella no tocara todo. Sentía el olor de su cuerpo, la sonrisa que hacía cuando comía mantequilla de maní, la forma que enfocaba sus ojos verdes cuando leía y el tic de acariciarse las manos cuando sentía frío.

Paró en seco. De alguna manera, su mente había almacenado aquella información y se reproducía sin parar. Llevó sus manos en la cabeza, ¿en qué se estaba metiendo? Prefirió espabilarse y seguir, tenía un largo día por delante.

Ella se echó en el césped en ese día que parecía verano. Miró al cielo como la primera vez que se encontró allí y pensó en él. En los gestos que tenía con ella. Antes de estar allí, revisó el closet de la habitación y efectivamente ahí estaba el bolso que le había mencionado Luís. Estaba impresionada.

-Quizás lo hace porque le dio lástima.

Sí, era probable, pero también quería fantasear con la idea de que él estaba sintiendo algo y algún día se aventuraría a decirle.

-¿Y si lo hago yo?

No, no, no. Muchos problemas, todo aquello serían problemas.

Retomó la atención hacia el libro que tenía en el regazo.



## VII

El cuchillo de sierra hacía un corte limpio sobre el sándwich que había preparado Elena. Una mitad para ella y la otra para Luís. Era lo mínimo que podía hacer. Tomó un plato y lo dejó cerca de la cocina para que él pudiera verlo sin problemas.

Al subir a su habitación recordó cuando se masturbó por él. Había leído al respecto, claro. Se había informado sobre la anatomía femenina y la masculina. Encontró métodos para generar placer en la pareja y estudió sobre las zonas erógenas. Había visto pornografía y libros eróticos clásicos. El Internet había sido su arma más poderosa para conocer todos los pormenores pero, claro, siempre falta la práctica.

Acostada en la cama, pensaba que deseaba tener las manos de Luís sobre ella, tocándola sin parar, demostrándole que la deseaba tanto como ella a él. Cerraba los ojos y suplicaba que la fantasía se hiciera realidad.

Permaneció largo rato cavilando hasta que la respuesta llegó más rápido de lo esperado. Ella debía tomar el toro por los cuernos.

El día había sido largo. Los brazos le dolían y sentía que la espalda se iba a desintegrar en cualquier momento. Aun así, estaba contento porque la lista de pendientes estaba reduciéndose drásticamente, lo que indicaba que tenía un buen ritmo de trabajo.

Salió de la ducha caliente y se secó. Entretanto, se miró al espejo como solía hacer pero con Elena en la cabeza.

Esas piernas largas, el cuello como cisne, la cintura diminuta y los ojos verdes que parecían atravesar cualquier cosa. Trataba de alejarla de sus pensamientos pero no podía, deseaba ir más allá.

-No, no. Basta, joder.

No había palabra alguna que detuviera el deseo que sentía por Elena. Lo admitió pero también supo que eso fungía como recordatorio de que ella debía irse para evitarse problemas. Entonces, tomó fuerzas, se vistió y bajó a la cocina para comer algo.

Iba decidido hasta que vio un pequeño plato. Había un sándwich. Todo

impulso o intención para decirle que se fuera, fue directo a la basura. Luego de quedarse allí, mirándolo, hizo algo que cambiaría completamente la dinámica entre Elena y Luís.

Ella estaba en la habitación revisando el bolso y la ropa que se llevaría cuando le tocara irse. No se percató que él estaba allí, en el umbral de la puerta, observándola.

-¡Dios! Hola, Luís. Casi me matas del susto, eh.

-Lo siento. –Dijo con sequedad.

-Pues, estoy arreglando mis cosas. Sé que ya he pasado muchos días aquí y que tengo que irme. Así que quería preguntarte si era posible llevarme algo de la ropa que me diste. No será toda, claro.

Luís seguía el silencio, en la misma postura.

-Vale, entonces no me llevo si es problema. ¿Estás bien?

-Sí. Y no te preocupes. Esa ropa es tuya. Puedes hacer con ella lo que quiera pero, para ser sincero, no quisiera que te fueras.

Elena estaba impactada, a lo mejor había escuchado mal.

-No, no quiero que te vayas.

Se encontraron con la mirada. La tensión que sentían era más que obvia. Elena sentía el pecho como si tuviera una locomotora dentro y Luís estaba ansioso. Ella dio unos pasos hacia él. Quedó frente a él hasta que se lanzó a sus brazos, aferrándose a ellos con fuerza.

Luís tomó su mentón y le dio un beso. Suave, delicado. Ella le correspondió de la mejor manera ya que no quería demostrar su falta de experiencia.

-Tranquila –Le dijo él con suavidad. Déjate llevar.

Asintió y se relajó tanto como pudo. Los besos se volvieron más intensos, más fuertes. Las manos se aferraban más a la carne y la excitación de Elena iba más allá de lo que había experimentado la vez que se tocó por él.

Un suave gemido salió de la boca de ella y Luís la apretó más hacia su cuerpo. Le encantaba ese olor, esa suavidad. Cada vez más sentía la urgente necesidad de romper su ropa y devorarla toda la noche.

Ella, no obstante, tuvo que desprenderse de su excitación y mirarlo a la cara.

-¿Estás bien?

-Debo decirte algo.

Era posible que él se echara para atrás pero una información así no podía pasar por debajo de la mesa.

-Soy virgen, Luís.

Ella bajó la cabeza y sintió el calor de la vergüenza subiéndole por las orejas.

-¿Eso es todo?

-¿Ah? Sí, sí.

-¿Estás segura de esto?

-Sí, completamente. Quiero ser tuya. Hazme tuya, por favor.

Le tomó el rostro y le dio un beso profundo, fuerte. Su lengua, ambas lenguas se entregaban con desesperación. Luís entonces la alzó en brazos. No hubo problemas gracias a la figura delicada y ligera de Elena.

Dio varios pasos hasta llevarla a su habitación. Seguían besándose y fundiéndose en un solo abrazo. Ella quedó sobre la cama y él se quitó la franela. Era todo un espectáculo aquellos abdominales marcados, los tatuajes que resaltaban su piel pálida y los músculos. Tan divinos y fuertes.

El cuerpo de Elena, sobre la suave cama, era más deliciosa que el sueño que había tenido Luís. Se veía tan dispuesta que temía hacerle daño. No quería hacerle daño.

Se acercó hacia ella como una pantera, quitó la ropa y lo que había debajo de ella con delicadeza. Cada roce de sus dedos se sentía como algo eléctrico, poderoso. La piel se volvía de gallina y se estremecía. Aquella reacción le causaba una gran excitación, no había forma de describirlo.

Los labios de él acariciaban el cuello, los labios y los pezones erectos. Su lengua exploraba también la piel tersa de Elena. Ella, mientras, tomaba el denso cabello de Luís y gemía sin parar. El calor de ese hombre hacía que se mojase cada vez más.

Abrió las piernas y sintió los dedos de él que la acariciaban suavemente. Desde sus labios carnosos y rosados hasta su clítoris en forma de botón de rosa, cada parte de su vulva era conquistada por él.

Pegaba su cuerpo sobre la cama, como deseando sostenerse de allí tanto como fuera posible. Temía que todo se tratase de una fantasía pero no era así, aquellas sensaciones eran reales y eran exquisitas.

Luego de sentirla tan húmeda como quería, dejó de masturbarla y la vio fijamente para que observara cómo se lamía el flujo que había quedado en ellos. Elena abrió los ojos como platos, estaba sorprendida y excitada. Sonrió. Sonrieron juntos.

Las piernas de ella se abrieron aún más y Luís aprovechó la oportunidad. Vio su vulva, tan joven, tan virginal. Tuvo miedo por un momento pero vio la expresión de desespero y deseo. Él también quería tenerla para sí, no quería aguantar más.

Dio un beso suave sobre el clítoris y luego su lengua se paseaba por las texturas de aquel hermoso regalo que ella estaba por darle. Si sintió afortunado y pensó en darle el mayor placer que podría darle a alguna mujer.

Elena nunca pensó que sentiría algo así en su vida. Para ella era difícil de definir exactamente lo que era porque no había libros ni posts que hablaran al respecto. Sentía que el espíritu iba a abandonar su cuerpo en cualquier momento pero que a la vez se sostenía de la lengua de Luís por milímetros. Había como un fuego dentro de ella y sus gemidos no expresaban suficiente placer. Era demasiado, era increíble.

Luís iba de suave a rápido, lento, dulce y agresivo. No escatimaba porque él también estaba desesperado por aquella mujer.

Sus manos se sostenían de los muslos, a pesar de verse delgados, eran firmes. Esto era suficiente para que él fuera tan profundo como le era posible.

A ese punto, se sentía fascinado por el sabor y la textura de la piel de ella. Adoraba sentir la desesperación de Elena manifestada en gritos, gemidos y los puños que formaban sus manos. Estaba en el cielo y lo sabía.

Lamía, chupaba, comía desesperado, la estimulaba también con sus dedos. Cada acción desataba un desenfreno que lo hacía sentir muy al borde del salvajismo. Se detuvo, respiró un poco y vio a su musa sobre la cama, deseándolo y sonriéndolo.

Entonces, quedó de pie y su gran pene quedó a mejor vista para Elena. Ella no pudo evitar mirarlo con sorpresa. Estaba embelesada aun cuando la voz de

Luís la interrumpió.

-Ven.

Le extendió la mano y ella siguió la orden. Se movía con gracia, con dulzura, como si sus articulaciones fueran de seda.

-Arrodíllate.

Esta parte la había visto en las películas y en varios artículos en Wikipedia. Había leído que debía lamer con suavidad y tener cuidado en no morder... Al menos no demasiado fuerte. Debía ser sincera con ella misma, estaba nerviosa. No había cabida para improvisaciones, así que debía recordar aquellas lecciones que había visto en Internet.

-Ven. Lo harás bien. –Dijo él con los ojos entrecerrados y mordiéndose los labios.

Tímidamente, Elena dio la primera lamida en el glande de Luís. Lo hizo suave y continuó luego con el resto del pene. Lo besaba, lo mojaba con su saliva para prepararse a proceder a metérselo todo en la boca. Así lo hizo y llegó hasta donde garganta se lo permitió.

Luís la veía y no podía creer que la deseara aún más. Le acariciaba el rostro, le tocaba el cabello y cuando pensaba que no podía más, ella lo hacía con lentitud. Elena cobraba confianza ya que se notaba con la intensidad de sus movimientos.

-Mírame.

Aquellos grandes ojos verdes que lo miraban, el rostro que exudaba inocencia. Él sacó su pene de su boca para pasar su pene sobre los labios de ella. Un poco gruesos y dispuestos a satisfacerlo cuando él quisiera.

Estaba tan excitado que, de repente, la tomó por el cuello y le dio una cachetada. Elena quedó desconcertada.

-Mierda, qué hice. –Se decía sin parar.

Se arrodilló alarmado para saber la condición de ella. Vio cómo la marca de su palma y dedos iba haciéndose más evidente.

-Disculpa, yo...

Elena lo miró y lo besó.

-Me gustó.

La timidez de ella lo enterneció pero también volvió a excitarlo salvajemente. Volviéndose de pie, la hizo retomar lo que hacía con más fuerza y lujuria. Elena, por su parte, disfrutó mucho aquella reacción producto del descontrol. Además, la sensación de ardor en el rostro le pareció más que placentera.

Llegó el momento entonces en donde los dos se dieron cuenta que debían entregarse mutuamente. Luís tomó a Elena en brazos y la depositó sobre la cama. Ella estaba nerviosa pero también confiaba en él, algo le decía que Luís la cuidaría y mucho.

-Te espero.

Él entonces fue a su regazo y suavemente introdujo su pene dentro de ella. Muy lento, con paciencia. Elena se estremecía, pero disfrutaba la forma en cómo su estrechez aumentaban las sensaciones de los dos. Luís, sobre ella, hacía caras y rugía debido a la excitación.

El dolor mezclado con el placer, hacía que los dos parecieran fundirse en uno solo. Finalmente, Luís se adentró en ella como si calzaran perfectamente. Ahí empezó a aumentar el ritmo: de suave a rudo pero sólo lo necesario.

El vaivén de la pelvis de Luís era deliciosa. Elena no había conocida nada igual en toda su vida y sentía que podía hacerse adicta al cuerpo de él. No cabía duda.

Cambiaron de posición. Ella quedaría en cuatro y el la follaría por detrás, no sin antes darle unas cuantas nalgadas. Fuertes, violentas, para que la piel recordase a quién le pertenecía. Volvió a penetrarla y Elena gimió como nunca.

La tomó por las caderas con fuerza, quería ir más adentro. Así pues continuó con un poco más de fuerza hasta que sintió que ella se estremecía.

-Así es... Así es.

Continuó hasta que se plegó sobre ella y tomó los dedos de su mano derecha para estimular el clítoris. Los ojos de Elena estaban cerrados con fuerza ya que la concentración que tenía le permitía disfrutar de cada estímulo. Sin embargo, no pudo aguantar más. Se corrió en la mano de Luís.

Él sonrió y le dio varios besos en la espalda para luego extraer su pene y

masturbarse sobre la blanca y perfecta espalda de Elena. El semen cayó sobre la espina y hasta parte de la nuca. También había temblado y ella lo sentía así aunque no lo viera.

Más tarde, cuando pudo recobrar el aliento, se levantó y tomó algo para limpiarla. Lo hacía con delicadeza y así lo quería porque sentía que había establecido un lazo, aunque fuera muy pronto.

-¿Estás bien?

-Sí...

Le acarició el cabello y los ojos. Elena fue directo a su regazo y lo abrazó. Los dos se abrazaron. Al estar en esa posición, sentían cómo sus corazones parecían latir al mismo tiempo. Era una sensación nueva para Luís. El tío autosuficiente y frío se encontraba plácido como nunca lo había estado.

-¿Segura?

-Segura. De hecho, pensé que me rechazarías por ello y la verdad es que no te iba a culpar.

-Pero no pasó así. Más bien estaba preocupado por... Bueno.

-Pues, me gustó mucho. Fue increíble.

Ella se sonrojó y pareció esconderse en uno de los enormes brazos de él.

-Me gusta estar así.

-A mí también. Creo que nunca me había sentido así con alguien.

-¿Cómo?

-Protegida.

-Lo estás. Conmigo estarás bien. Lo prometo.

El Luís de meses atrás nunca se hubiera imaginado que llegaría a ese punto. De hecho, desechó cualquier posibilidad. Es gracioso cómo la vida toma un rumbo diferente.

Los dos permanecieron acostados. Elena no tardó mucho tiempo en quedarse dormida y eso le dio tiempo a Luís para pensar un poco más al respecto. Ya no valía la pena demostrar más resistencia pero eso también traía un hecho contundente: confesar tarde o temprano que era Dominante. Cavilaba sobre

cómo lo tomaría ella. De seguro se ofendería o sentiría repulsión, pero, ¿qué pasaría si se da lo contrario?



## VIII

**D**urmió como nunca en su vida. El último pensamiento fue Elena y en lo bien que lo hacía sentir. Allí cerró los ojos y se dejó vencer por el cansancio.

El canto de los pájaros en la mañana lo despertaron. Lo primero que sintió fue ansiedad.

-Joder, hay mucho por hacer.

Pero supuso que sería un poco tarde, así que luego se las arreglaría con el mismo. Se levantó de la cama, tomó una ducha rápida y bajó sólo con los jeans. Estaba ansioso por verla y también por decirle la verdad.

La encontró con un par de pantalones de gimnasio, una camiseta ancha y la mirada fija a un par de hotcakes que estaban cocinándose. No había música pero su sola presencia era mejor que la música.

Ella giró rápidamente apenas sintió su presencia.

-¡Hola!

Una gran sonrisa le hizo sentir como si fuera la única persona en todo el mundo.

-Estoy preparando hotcakes. Espero que disculpes el hecho de estar gastando tu comida.

Él no le respondió, más bien se acercó a ella, le tomó por la cintura y le dio un beso suave y tierno.

-Deja de disculparte, vale.

Elena, aún atontada, asintió levemente con la cabeza.

No se hablaron mucho pues lo único que querían hacer era mirarse. Reían como siendo cómplices de algo y luego cada quien se concentraba en estudiar al otro con detenimiento.

Ella sirvió la comida como si fuera un ritual más que importante. Un vaso de vidrio con algunas flores silvestres, jugo de naranja natural y los platos con abundante comida.

-Esto se ve increíble.

-Espero que sepa igual. Hace mucho que no cocino.

El primer bocado era delicioso, esponjoso. Luís sintió que viajaba hacia una infancia feliz. Sonrió.

-Está estupendo.

Ella volvió a tener esa expresión de alegría plena y completa.

Luego de comer, él se dispuso a lavar los platos. Elena tarareaba alguna canción irreconocible. La veía contenta pero estaba alargado lo inevitable. Era momento de hablar.

-Hay algo de lo que te quiero hablar y creo que es sumamente importante.

-Dime.

-Bien, ¿recuerdas la bofetada que te di ayer? Pues, hay una razón detrás que podría explicar todo aquello. Primero lo primero, ¿sabes qué es el BDSM?

La mirada extrañada de ella fue suficiente respuesta.

-Vale, digamos que son un conjunto de prácticas que no son convencionales. Sus siglas significan: Bondage, Disciplina, Masoquismo y Sumisión. También abarca otras cosas como el sadismo y la dominación. Por supuesto eso no es del gusto de todo el mundo, más bien tiene detractores porque piensan que las personas que nos gusta esto tenemos algún tipo de problema psicológico. Lo cierto es que no es así. Sólo son gustos diferentes y nada más.

-Siento que no me has dicho completamente a qué te refieres.

-Sí, tienes razón. En conclusión, soy Dominante, lo que quiere decir que me gusta el control y ejercerlo sobre mi sumisa. Ella tendrá que hacer todo lo que le pida. Todo. Obviamente, antes de llegar a ese punto, hemos ya hablado al respecto. Sobre gustos y límites. Lo de los límites es esencial. Cualquier violación a lo que acordado, es suficiente para terminar la relación.

-¿Qué sabes hacer cómo Dominante?

-Pues, me gustan algunas cosas. Desde amarrar, hasta azotar, también me gusta ahorcar y jugar un poco con la electricidad. Claro, y como ya he dicho, eso depende en gran parte por los gustos que también tenga la otra persona. Eso se conversa.

-¿Hay algún protocolo para ser sumisa?

-Básicamente deben estar compenetrados para que la relación prospere. En algunos casos, hay Dominantes que son ortodoxos y hasta hacen una ceremonia en donde entregan el collar a la sumisa. Este accesorio indica la unión entre ambas personas, como sellaras un pacto.

-¿A ti qué te gusta?

-Las ceremonias no son lo mío, soy más práctico en ese sentido. Pero sin duda, sí me gusta entregar algo que represente que existe algo.

-Vale...

-Te digo todo esto porque siento que es necesario que tengamos todo claro. No me gusta ocultar lo que soy ya que esto forma parte de mi personalidad. Además, creo que estoy un poco viejo para no hacer lo que me gusta.

-Entiendo. Pues, sólo tengo algo que decirte.

El momento cumbre había llegado y la respiración de Luís se había acelerado casi de manera alarmante.

-Quiero que me enseñes. Quiero que me digas qué hacer. Esto es todo lo que necesito.

-Elena, ¿estás consciente que todo esto representa casi una entrega total?

-Lo sé, lo sé. Eso es lo que quiero. Desde que te vi, eso es lo que más he querido.

Luís estaba sorprendido. Aquellas palabras de ella las guardaría por siempre. Ahora, tendrían que sentarse para hablar sobre cómo sería la dinámica. Él, a pesar de ser un controlador empedernido, le gustaba que su sumisa tuviese libertad de acción y pensamiento... Siempre y cuando no se le olvidara quién mandaba.

Luego de desayunar y de la larga conversación en la cocina. Él la llevó de nuevo a su habitación pero, esta vez, para mostrarle un poco más del mundo BDSM. Para Elena, la situación más bien le resultaba como una exploración. Estaba acostumbrada a los cambios y este, en particular, lo abrazaba con entusiasmo. No podía creer que podría convertirse en la potencial sumisa del hombre de sus sueños. ¿Qué más podía pedir?

Ella, desde atrás, podía verle los músculos tallados de la espalda. Y así fue

como recordó el calor de su cuerpo sobre el de ella. Quería tomarlo y darle un beso, quería entregarse a él cuando quisiera.

-¿Ves esto?

-Sí... Creo que lo vi en una tienda erótica o algo así.

-Bien, esto es un buttplug. Sirve para estimular el ano y para prepararlo. Por supuesto, para llegar a ese punto debes tener cierto tiempo trabajando en ello. A la primera nunca lo lograrás.

-¿Por qué?

-Digamos que tiene que ver con el proceso natural del cuerpo. Eso sí, es una zona erógena repleta de nervios así que hay muy altas probabilidades de que experimentes placeres inimaginables.

-Vaya...

-Por otro lado, ven a ver esto. Es mi colección de fuetes y látigos. Mientras más gastado el cuero, mejor será la sensación en la piel. Créeme.

-Me encantaría proba. –Dijo ella al sostener el fute favorito de Luís.

-Ya lo harás.

Luego de los látigos y cañas, también hubo una muestra de mordazas de bola, aquellas hechas de cuero y metal, un par de trajes de látex para ocasiones especiales. Elena estaba caminando por un rumbo que cada vez se le volvía más y más familiar.

-Y bien, ¿qué te ha parecido?

-Me han gustado muchas cosas. Aunque creo que no me entusiasma mucho la idea de los trajes de látex.

-Ja, ja, ja. Eso lo sabía. Pero está bien. Fíjate que, sin darte cuenta, ya diste a entender tu primer límite, nada mal, ¿eh?

Ella se sintió un poco apenada. Él la alentó a continuar con los límites.

Así pues la conversación se transformó y fue cobrando un tinte un poco más interesante. Ambos habían pasado la mayor parte del día hablando pero era momento de devorarse para no perder la costumbre.

Luís le quitó la ropa a Elena antes de que ella se diera cuenta y, casi a la

velocidad de un chasquido, estaba sobre su cama, siendo objeto de sus besos y caricias.

La fuerza de sus manos, el calor de sus partes, el olor del cabello, los ojos cafés que parecía atravesarla y desnudar el alma por completo. Cada fragmento de él se adhería a su cuerpo. Era así cómo ella se sentía de Luís aunque no se diera cuenta de ello.

Tomó sus muñecas con ambas manos y las extendió sobre la cama, con fuerza. Su pene se adentró en ella y la hizo gemir con desesperación. Aquella pelvis se movía con lujuria y descontrol. Podía quedarse así siempre o al menos las veces que él lo deseara.

Luego de correrse al mismo tiempo. Quedaron abrazados y en silencio. Luís se quedó dormido casi al instante pero ella no, más bien pensativa. Ya no se sentía una prófuga ni una molestia, pero había una pequeña voz que le insistía que era momento de dar un paso al frente y también dar muestras de un poco de independencia. No estaba segura sobre la opinión que tendría Luís. Tenía que tomar el riesgo.

El canto de los pájaros despertó a Luís cosa que precisamente no lo ponía de buen humor. A regañadientes se levantó aunque tocó el otro lado de la cama para asegurarse que Elena estuviera con él. No. No había nadie.

El espacio todavía permanecía tibio así que supuso que no estaría muy lejos. Tomó un par de jeans gastados, una franela de Megadeth y bajó las escaleras para encontrarse con ella. Bebía una taza de café cuando la vi. Estaba vestida como si fuera a salir.

-Hola. Te he dejado un poco de café.

-Hola. Ya he visto.

-Tengo que decirte algo.

-Venga.

Estaba acostumbrado a las malas noticias de todo tipo así que estaba pensando en el próximo golpe que recibiría.

-Debo ir a la ciudad.

-¿Por qué?

-Necesito un empleo.

-Puedo mantenerte.

-Lo sé –Respondió con un suspiro- Pero necesito tener algo por mi cuenta. Además, siento que es más sano para ti y para mí. ¿No crees?

-Puede ser, pero como te dije, no es necesario. El dinero no es problema.

-Luís, es importante para mí. Entiéndelo.

-Hago el intento.

Había cobrado una expresión de exasperación. Elena sabía que eso iba a suceder así que se acercó a él con suavidad.

-Es una manera de tener mis cosas y para que entiendas que no te busco por el dinero. ¿Comprendes? He pasado casi toda mi vida tratando de hacer las cosas por mi cuenta y esta ocasión no es diferente. Sólo te pido que me entiendas.

Luís no parecía convencido ni mucho menos pero comprendió que si insistía demasiado iba a obtener el mismo resultado, así que no le quedaba de otra que aceptarlo.

-Vale. Para ir a la ciudad necesitas tomar este autobús. Por suerte, la parada está a sólo unos 200 metros así que no caminarás mucho. ¿Sabes cómo moverte allí?

-Sí, me la pasaba mucho de adolescente allá así que tengo idea de cómo estarán las cosas... Gracias. De verdad.

-Mejor ve, antes de que te extrañe demasiado.

Ella corrió hacia él para darle un beso y salió con una gran sonrisa. En ese momento se dio cuenta que debía dejarla libre y que tomara sus propias decisiones. Era lo mejor que podría hacer por ella.

Un poco de trabajo acumulado y llamadas pendientes podían atenderse después, o al menos así lo pensaba Luís. De hecho, así sería porque prepararía una sorpresa para Elena.

Su habitación era bastante amplia por lo que sentía que desperdiciaba el espacio. A pesar del gran televisor que había recién instalado, la cama y el clóset de madera con estilo moderno, sabía que faltaba algo para volverlo más personal. Así que se le ocurrió la idea de instalar dos ganchos para jugar como quería hacerlo.

Por suerte, aprovecharía la ausencia de Elena y tomaría el tiempo para hacerlo. No era gran cosa ya que en ocasiones anteriores había emprendido proyectos de gran envergadura y los había completo casi que en tiempo record.

Prácticamente al otro lado, Elena se bajaba del autobús para encontrarse con una vida completamente diferente. La ciudad era como un órgano lleno de vida por donde se mirase, era impresionante.

Sabía adónde debía dirigirse así que no se sentía tan desubicada. Sin embargo, se dio cuenta que extrañaba el estilo de vida agitado y ruidoso de un lugar así. Internamente se libraba una batalla particular ahora que estaba tranquila y sin los problemas de antes.

Ya no quería pensar más en el asunto así que se aventuró por las calles a ver qué podía encontrar. Avisos de meseras, ayudantes de cocina y hasta solicitando niñeras, se encontraban por todas partes. La hizo sentir optimista pues quizás podría empezar algo de medio tiempo y, quién sabe, dar luego con un mejor trabajo. Uno que le diera la posibilidad de rentas y luego... Bueno, hay que aprender a gatear antes de correr.

Pasó gran parte del día caminando de un lado para el otro hasta que sus pies no dieron más. Era momento de regresar.

Estaba casi todo listo. Se echó para atrás y estuvo conforme con el resultado final. Le gustaba porque, a primera vista, no interrumpía la estética minimalista que se había esforzado en tener y, por otro lado, también era un lindo accesorio que resaltaría el cuerpo desnudo de Elena. Parecía que lo estrenaría más rápido de lo que pensaba.

Limpió todo para luego darse una ducha. Al salir, se vistió y fue a servirse una cerveza cuando escuchó la puerta. Se sintió como niño emocionado cuando se percató que se trataba de Elena quien abría la puerta.

-¡Hola!

Él fue hacia ella y se besaron por un largo rato.

-Te extrañé a horrores. ¿Cómo te fue?

-Pues, mejor de lo que imaginé. Me postulé para varios trabajos así que será cuestión de esperar. ¿Y tú? ¿Qué tal tu día?

-Mmm, tranquilo, haciendo algunas cosas por aquí y por allá. Nada del otro mundo. ¿Tienes hambre?

-No, comí una tontería cuando me regresaba. Más bien quiero tomar un baño.

-Vale, entonces te espero.

Parecía que Luís estaba de suerte así que no iba a desaprovechar la oportunidad del escenario que se le estaba presentando.

Apenas escuchó las gotas de agua de la ducha cuando fue hacia la habitación. Siendo sigiloso, extrajo las cuerdas, el fute (para que quedara a la vista) y una mordaza de bola que había guardado especialmente para ella. Preparó todo y se sentó mientras caía el día. Guardó silencio con gran paciencia. De nuevo, jugaba a ser el depredador.

Elena salía del baño con el cuerpo relajado, tanto que parecía que caería dormida en cualquier momento. Se impresionó que ya era casi de noche cuando salió y más cuando no encontraba a Luís. Estaba ansiosa de darle más detalles de su viaje de exploración pero no lo encontraba en ninguna parte. ¿Se habría ido? Imposible, al menos le hubiese avisado.

Presentía que algo sucedería pero no tenía idea de qué. Así que se vistió con ropas ligeras y fue hacia su habitación, el último lugar que le restaba por buscar.

La recibió una oscuridad abrumadora pero ella ya estaba acostumbrada, por lo que no sentía temor considerable. Sin embargo, sintió que algo se movía tras ella y era él. Parecía emerger de la nada a salir a su encuentro.

Por un momento, se echó para atrás debido al miedo pero luego sintió las manos de él, cargadas de deseo y calor. Primero por la cintura, luego por el cuello y finalmente en los labios. Siempre con un gesto dulce, delicado.

-He estado esperándote por tanto tiempo.

-Lo siento, no quise...

-No quiero lamentaciones. Quiero que me obedezcas. ¿Entendido?

-Entendido.

Volvió a situar las manos en el cuello, aquella parte frágil y delicada que consideraba una obra de arte de la anatomía humana. Elena en sí lo era.

Sólo el susurro de Luís la hacía volar, la hacía sentir que era el único ser de la Tierra, que era magia pura. Su ropa caía en el suelo y la boca de él iba en todas direcciones, no quería dejar nada sin explorar ni saborear.

-Tengo algo preparado para ti. Ven.

Para Elena, era normal sentirse atontada por los besos y las caricias de Luís, pero cuando le dijo aquellas palabras, la curiosidad pudo más. Se preguntaba de qué se trataría todo aquello. Iba caminando despacio, cuando vio un par de cuerdas que colgaban desde dos ganchos de metal que se encontraban en el techo.

Siguió extrañada hasta que vio él tomó sus muñecas y las ató a ambos extremos.

-¿Estás preocupada?

-No, confío en ti. Siempre lo he hecho.

-Bien. Así es.

Seguía atándola. Lo hacía con fuerza y con determinación. Sus brazos quedaron separados de su cuerpo y sus talones también pero a través de una barra de metal. Así pues, las extremidades de Elena habían quedado extendidas y dispuestas a los designios de Luís. Algo que ya había aceptado con entusiasmo.

-Bien. Creo que estamos listos para empezar. Por favor, recuerda de lo que hablamos.

-Entendido.

Acarició su cuerpo con lentitud. Ella sabía que sólo se trataba de una forma para prepararla así que esperó ansiosamente por lo que sería el próximo paso. Cerró los ojos y fue cuando sintió el calor del cuero sobre su piel. El ardor divino. El dolor que le quemaba la piel. Mordió sus labios tantas veces para reprimir los gritos hasta que, de nuevo, la presencia de Luís se hizo notar con una pequeña diferencia: la mordaza de bola.

-Con esto podrás hacer todos los ruidos que desees. Abre bien la boca.

La bola de goma se ajustó a sus dientes y labios mientras que esta se encontraba sujeta por unas cuerdas de cuero.

Apretó más fuerte en cada impacto que le propinaba Luís. Al hacerlo,

además, comenzó a desprender hilos de saliva. De hecho, algunas gotas caían sobre sus pechos y otras eran contenidas por la mordaza.

A Luís le parecía un verdadero espectáculo ver cómo la tortura que le propinaba a Elena estaba surtiendo efecto. Las piernas le temblaban con fuerza y la piel la veía más y más enrojecida. En ese punto, quiso ir un poco más lejos y probar con algo que sabía que la llevaría al borde de la locura.

Dejó de azotarla por dos razones: Una para dejarla descansar y la otra para buscar un pequeño aparato, un estimulador de clítoris. Este estaba sujeto a un par de cuerdas ajustables con la finalidad de sostenerse y así quedar justo en el punto deseado.

Trajo consigo lo que estaba buscando mientras que Elena se encontraba ignorante de lo que estaba sucediendo, hasta que sintió una especie de cintas elásticas sobre sus muslos. Abrió los ojos y no entendió qué sucedía hasta que escuchó un pequeño “clic”.

El estimulador comenzó a funcionar y el clítoris pareció embeberse de fuego y calor intenso. Gritó, gritó tanto como pudo pero ningún ruido era comprensible. Todo era censurado casi de manera cruel.

Los ojos de Elena se tornaron blancos y las mejillas estaban encendidas. A ese punto, Luís decidió frenar y quitar el estimulador para no llevarla a un límite desagradable. Quizás hizo demasiado para ser la primera vez. Apagó el aparato y lo removió de su entrepierna. Asimismo, quitó la mordaza y verificó que estuviera bien. Ella respiraba agitadamente y lo miraba sonriendo con los ojos llorosos.

-Qué hermosa eres, ¿lo sabías?

Le dio un beso intenso y la retuvo en su regazo.

-Creo que has tenido suficiente de cuerdas y torturas por hoy.

-No, hazme tuya. Por favor. Te lo ruego.

-Elena...

-Te lo ruego. Es lo único que quiero en la vida. Ser tuya siempre, siempre.

A pesar del cansancio y del dolor, de las lágrimas y la sangre en las heridas, Elena insistía de una manera que Luís nunca había conocido. Estaba extrañado pero también complacido de poder estar con alguien que fuera

capaz de entregarse de una forma total como ella era capaz.

-Así será.

La desató y la dejó en la cama. Limpió un poco la piel enrojecida y la llenó de besos. Quiso consentirla tanto como le fuera posible.

Entonces, al verla desnuda y frágil, se colocó sobre ella y ella lo recibió ansiosa. Estaba ya húmeda así que los dos quedaron juntos, unidos por el calor de sus miembros como si hubieran nacido para ello.

El vaivén de Luís y los gemidos de Elena iban a la par, sincronizados. Ella se aferraba a sus hombros y él a la cama, como queriendo tomar impulso cada vez que se adentraba en sus carnes. Había dolor y desesperación, gritos, gemidos, gruñidos, ansiedad de más. Había tiempo de sobra pero para los dos se sentía diferente ya que este iba a toda marcha.

-Podría quedarme así siempre.

-Yo también, Elena. Mi Elena.

-Siempre tuya.

Sus palabras salieron a rastras de su boca porque sentía estaba a punto de correrse dentro de él.

-Venga, dámelo, dámelo.

El último gemido fue para él y, con él, el orgasmo más intenso que había tenido hasta el momento. Se sentía como en las nubes.

Al terminar todo, volvieron a quedarse muy juntos el uno con el otro, mirando hacia la noche mientras se encontraban envueltos en una manta caliente y cómoda. Elena se durmió y Luís estaba muy cerca cuando recibió un mensaje de Sofía.

“Tenemos que hablar”.

Por supuesto que no tenía nada de qué hablar. Ese tono de urgencia siempre lo daba cuando ella no lograba la atención que quería y de seguro se trataba de alguna estupidez. Dejó el móvil y las discusiones para después. Ahora se concentraría en lo que tenía en ese momento. En la tranquilidad que ella le daba y en la seguridad a pesar que ella fuera tan frágil y delicada.



## IX

Aunque había dejado para después la conversación odiosa pendiente, era inevitable aquello de un encuentro casual y más al tratarse de la convención de diseñadores que suele celebrarse en la ciudad. Luís y Elena irían juntos pero cada quien con objetivos diferentes. Ella por cuestiones de trabajo y él a la presentación que hacía meses había pautado.

La convención prometía ser el evento del año. Sólo lo mejor de lo mejor se congregaba allí con el fin de dar a conocer el trabajo y las nuevas tendencias del momento. Así que era un momento en donde el ingenio y la estética podían convivir plenamente.

Luís, por tratarse de uno de los invitados de mayor prestigio, le correspondía un área lo suficientemente grande como para simular áreas de uso común y hasta un stand para recibir a futuros clientes. Lo curioso es que, a pesar de ser una persona que suele huir de toda interacción social, esto lo tomaba tan en serio que atendía él mismo las preguntas y solicitudes, sin importar cuántas veces le tocara repetir todo aquello.

Se había puesto un traje azul marino, una camisa blanca y unos zapatos de vestir. Había cortado su cabello para pulir el aspecto de hombre de negocios e hizo lo mismo con la barba. Así pues, parecía un hombre casi irreconocible.

-Bien, he de confesar que esto es estupendo. Gracias.

-No se preocupe, jefe. Aún faltan algunos detalles pero con seguridad le podemos decir que este es el vistazo final. Debo retirarme, señor, quedan cosas por hacer.

-Vale, vale. Estaré contactándote por teléfono.

Se echó para atrás y un sentimiento de orgullo invadió su pecho. El fruto del trabajo arduo, de los trasnochos y de las peleas, de los conflictos y frustraciones, al fin lo había visto. Ese año era diferente y así lo sentía.

Mientras esbozaba una sonrisa, sintió la presencia de alguien que lo observaba. Era Sofía que parecía espiarlo desde el otro lado del gran salón.

-Vaya que esto si te ha quedado majísimo.

-Hola. Y no, a mí no. Ha sido uno de mis ayudantes. Si no fuera por ellos,

seguramente esto más bien luciría como un desastre.

-Qué lindo. Pareces casi un jefe benevolente.

-A ver, Sofía. ¿Qué pasa? Cortemos con esto y si no, mejor regresa de donde viniste.

-Te escribí pidiéndote hablar y me ignoraste. ¿Qué se supone que deba decirte?

-Quizás ir al grano, ¿no crees?

Sofía no podía esconder la indignación al escuchar esas palabras. Sabía que él podía ser un tío bastante rudo pero por alguna razón, pensó que ella era intocable y que no le correspondería ni un gramo de esa conducta. Estaba equivocada.

-Te has comportado de una manera extraña y chocante, y la verdad es que no te entiendo. ¿Por qué has cambiado tanto?

-Sofía, estamos muy grandes para pedirnos explicaciones como estas. Lo de nosotros nunca fue algo serio y tú misma te encargaste de hacérmelo entender. Así que, no insistamos en algo que no tiene sentido ya.

Ella se mantuvo de pie pero sintió que algo le atravesaba el alma, algo que la había empujado hacia un abismo, dejándola en el suelo sin poder respirar.

-Está bien.

Se alejó y, aunque él se sintió aliviado de que aquel incómodo encuentro se terminara, tenía el presentimiento que Sofía haría la última estocada para que quedaran en una especie de empate. La idea se esfumó cuando vio uno de sus sillones a punto de caer en una de las escaleras.

Luego de entregar resúmenes curriculares a todo lugar que pudo ver, Elena saltó de alegría al darse cuenta que le habían llamado de un café para que cubriera el medio tiempo de jueves a lunes. Nunca había servido mesas pero gracias a su espíritu jovial y optimista, estaba dispuesta a aprender rápido.

Ya llevaba varios días así y estaba contenta. Aunque era nueva, demostró que se aclimataba con éxito. Sus supervisores le animaban a tomar más responsabilidades y hasta pensaban que sería buen plan tratar de que asumiera un rol más importante. Pero, al final, todo era cuestión de tiempo.

Ella estaba sirviendo durante el almuerzo cuando vio a una mujer que entraba

con un aire sensual. Alta, de cabello negro largo y con curvas pronunciadas. Era obvia la atención que recibía de parte de hombres y mujeres. Sin embargo, aquella fémina parecía restarle importancia ya que sólo buscaba un lugar para sentarse. La expresión de pocos amigos era evidente a kilómetros a la redonda.

El local estaba repleto y la mujer se sentó en una mesa para una sola persona, justo en la zona de Elena.

-Parece que está un poco de mal humor. Buena suerte.

-Ja, ja, ja. Vale.

Salió con la misma actitud positiva de siempre.

-¡Hola! Bienvenida. Aquí tiene el menú. Espero que encuentre algo de su agrado. Me llamo Elena y estaré cerca para atenderle todo lo que necesita.

-Gracias, querida.

Sofía no le prestó mucha atención, ni siquiera la miró mientras hablaba la misma bienvenida que se escuchaba como una oración sin final. Miró el menú y se decantó por un café negro y un vaso de agua. La verdad es que se sentía enojada y triste porque la conversación con Luís se tradujo en arena entre los dedos.

Seguía pensando en ello cuando alzó la vista para pedir la orden. Buscaba a la joven cuando vio a una chica que le resultó familiar. Quizás eran ideas suyas, quizás estaba equivocada, quizás todo era producto de la misma ira y frustración. Hizo la seña y vio como una figura delgada que se aproximaba a ella. La distancia le despejaba la duda de a poco.

-Es ella... -Se dijo para sí.

Elena sostenía una pequeña libreta y un bolígrafo para anotar los pedidos. Estaba esperando para cuando Sofía le dio otro tipo de información.

El día había transcurrido con éxito y eso se notó gracias a las ventas que hizo en el stand. La gente que pasaba por allí estaba simplemente encantada y él no podía ocultar la gran alegría que sentía al respecto.

Miró el reloj y se fijó que debía irse pronto para buscar a Elena al trabajo.

-Chicos, debo irme. Por favor, que todo quede recogido y limpio. El camión no tardará en llegar para buscar las cosas.

-Vale, jefe.

-Excelente trabajo el de hoy. Los felicito. Mañana tómense el día libre.

Salió sonriendo. Tuvo un buen evento e iba a salir al encuentro de su amor. Nada podría fallar, ¿cierto? Subió al coche y recordó la dirección que ella le había dicho con el fin no tardarse demasiado, así que parecía que iba como alma que lleva el diablo.

Aparcó el coche y el restaurante parecía más vivo que nunca pero no veía a Elena por ninguna parte.

Estaba de mal humor porque sabía que aceptar lo del trabajo no era buena idea y que todo aquello era una pérdida de tiempo. Los celos lo consumían y parecía sentirse como un niño con el que tenía que pelear por la atención que creía merecer tener. Permaneció en el estacionamiento hasta que se bajó, habló con el gerente y con el resto de sus compañeros.

-No, ella se fue hace rato, la verdad.

Aunque tendría razones para sentirse molesto no lo estaba, de hecho, tenía el presentimiento de que algo no iba bien así que emprendió el regreso a casa con miedo e incertidumbre.

Elena cayó sobre la cama tan pesadamente como un yunque. Tenía la mirada perdida, los labios apretados y las lágrimas al borde de las cuencas. Estaba en problemas porque ese ardor en el corazón era señal de que estaba enamorándose de él.

Se levantó a lavarse la cara. Su cuerpo había abandonado todo espíritu positivo y alegre para dejarla con una tristeza profunda y oscura. Pero la respuesta era más que obvia, tenía que enfrentar a Luís y preguntarle si lo de los dos era de verdad o producto de una ilusión que ella misma construyó.

Esperó ansiosamente hasta que escuchó los neumáticos sobre la gravilla. Era él. Bajó a la cocina, buscó una butaca y se sentó cerca de la encimera. Estaba pensativa. A los minutos, entró él y la encontró inexpresiva, vacía. No le dio oportunidad de hablar aunque tuviera un mar de palabras en la punta de la lengua.

-Te he esperado en el restaurante.

-Siéntate. Tenemos que hablar.

-¿Qué ha pasado?



## X

Los dos hablaron de Sofía y de la relación que tenía con Luís. Para él estaba terminado pero para Elena fue diferente, sobre todo, por cómo se apareció en el restaurante para confesarle que se acostaba con ese tío tan espectacular y viril por lo que le hizo entender que muy probablemente ella también formaba parte de una larga lista de conquistas.

Las palabras y la cizaña que utilizó Sofía sobre Elena, fue la perfecta descarga de veneno que esperaba ser desparramado en la mínima oportunidad.

-Nunca oculté que tuviéramos algo.

-Pero tampoco lo mencionaste.

-Elena, tú y yo ni siquiera estábamos juntos y, cuando todo esto empezó, ya no hablaba con ella. ¿Qué tiene de importante eso ahora?

-Me dijo que todavía hablaban.

-Claro que sí. Es uno de los contactos más importantes que tengo con los clientes. Hablar con ella es como hablar con cualquiera de mis ayudantes, Elena. Es alguien que, lamentablemente, tiene presencia en mi vida y será así hasta que eso cambie.

Ella bajó la cabeza aunque sentía el calor de la furia que consumía su rostro poco a poco. Estaba indignada como nunca.

-No voy a dejar de hablar con la gente sólo porque creas que no sea conveniente o no te guste. Puedes comenzar a desechar esa idea tan rápido como sea posible.

Elena no dijo más, pensó que tenía suficiente y que no gastaría saliva al respecto. Dejaría que él hablara todo lo que quisiera hasta que se cansara y allí, en ese punto, tomaría sus cosas y se largaría.

-Sé que eso no estuvo bien de su parte y ya hablaré con ella. Me sorprende cuán lejos es capaz de llegar sólo para molestarme pero eso no debe preocuparte. Me encargaré que te deje y que nos deje en paz. Ehm... ¿Por qué no dices nada? ¿Estás bien?

Dejó la butaca y subió las escaleras en un movimiento casi mecánico. La voz de Luís hacía eco el resto de la casa sin obtener alguna respuesta.

Elena tomó la mochila, la cual ya tenía algo de ropa y de artículos de higiene, y se la echó al hombro. Él entró a la habitación y notó que ella estaba a punto de hacer algo que nunca esperó que haría, aun así le hizo la pregunta obvia.

-¿Qué harás?

-Me voy.

-Pe...

-Dije que estaría por poco tiempo y así es. En el restaurante me ofrecieron una habitación cerca y la voy a tomar. Así me ahorro tiempo en venir aquí.

-¿Cuándo ibas a consultármelo?

-Después de la conversación que tuvimos no pensé que fuera necesario. De todas maneras, es mejor así.

-Elena, ¿pero qué ha pasado, joder?

-Déjame en paz.

Lo dijo con un tono de voz suave pero un aspecto tan definitivo que Luís no le quedó alternativa que aceptar lo que estaba pasando. Se apartó de ella y la dejó salir. Quedó entonces en la soledad del pasillo, mirándola caminar hacia el futuro incierto.



## XI

Los días se parecen tanto uno del otro que para Luís era difícil saber con exactitud en qué punto del año se encontraba. La única referencia clara era el calendario sucio de grasa y de astillas de madera que se encontraba en el taller. Ese trozo de papel le daba pistas sobre el momento en el que se encontraba el mundo, aunque le daba igual.

No había sabido de Elena y estaba, francamente, desesperado. Sin embargo, era un hombre orgulloso y hacía todo lo posible por ocultarlo. Así que iba a trabajar todos los días con estricto orden y con el mismo aspecto mal humorado que tenía.

Pero ese vacío seguía allí, esa ausencia dolía más de lo que su mente pudo haber previsto y eso sí que lo tomó desprevenido. De hecho, había días en los que sentía que el dolor era insoportable y que debía apartarse de todo aquello para poder mantener un poco de sanidad.

¿Qué sería de su vida?, ¿tendría todavía el cabello corto?, ¿estaría feliz sin él o en algún momento lo extrañaría como él a ella?

A la hora de dormir, recordaba amargamente la discusión que tuvieron y el abuso de las palabras prepotentes que hubo en cada frase. Se castigó día y noche pero no tenía sentido, ella no estaba allí y de seguro no regresaría.

Trató de mantener el espíritu tanto como pudo pero era un camino cuesta arriba. Era una situación extraña y se sentía interminable.

-Jefe, hemos terminado por hoy. Aquí le dejo el itinerario para la semana que viene.

-Vale.

Cada vez que podía respondía con monosílabos así no se molestaba en gastar más energía de la necesaria.

Finalmente solo tuvo oportunidad de concentrarse mejor en lo que haría en el próximo paso y en ese instante tuvo una especie de epifanía. ¿Por qué ella iba a regresar si él podía ir hacia ella? La idea cobró más y más fuerza hasta que por fin fue hacia la casa para prepararse e ir a por Elena. Aunque tuviera que mover cielo y tierra, haría lo posible para encontrarla y decirle todo lo que en

su pecho tuvo que contener.

Mientras iba en camino, pensaba en la emoción que Elena le hacía sentir. Era como un niño de nuevo, aunque ni siquiera era seguro el resultado de aquella empresa. Pero daba igual, sabía lo que era perder y no temía en tomar el riesgo de nuevo aunque eso implicara dejarlo completamente vulnerable.

El perfil de la ciudad iba dibujándose lentamente hasta que se encontró atascado en un tráfico terrible. Por supuesto, no pensó en ello, eso era el menor de sus preocupaciones, más bien estaba concentrado en encontrarse con Elena, en darle el beso más dulce y profundo del mundo y refugiarse entre sus brazos. La fantasía lo mantenía vivo, activo y libre del miedo ante un escenario terrible.

-Carlos, dos huevos benedictinos, pan brioche y unos gofres con miel en cinco, por favor.

Los gritos de los pedidos iban y venían. Los platos parecían volar por los aires y el alboroto de los comensales se volvía intenso. Era un viernes activo, emocionante y que de seguro prometía ser agotador para cualquiera.

Elena estaba dando vueltas con pasos ligeros y no se había percatado que Luís la miraba desde el umbral de la puerta.

Sí, aún tenía el cabello corto, cortísimo y la sonrisa cordial de siempre. Incluso hasta la encontró más alta. Al final, se veía tan bella como recordaba. Se sentó en una mesa y esperó ansiosamente que ella lo viera. No tenía muchas esperanzas al respecto por lo que no le molestó su butaca como espectador.

Escuchaba las órdenes de la cocina y de vez en cuando la voz de Elena resaltaba entre las demás. Se quedó allí hasta que le pasó por al lado y la tomó por el brazo.

-Hola.

Elena dio un sobresalto y los ojos bien abiertos demostraban una genuina sorpresa.

-¿Qué haces aquí?

-Vine a hablar contigo.

-No tenemos nada de qué hablar.

-Claro que sí.

Sabía que Luís no daría marcha atrás así que no le quedaba de otra que convencerlo de un plan que no le interrumpiera su rutina de trabajo.

-Entonces espérame media hora. Falta poco para salir de mi turno.

-Vale.

Se quedó afuera y el corazón le dio un brinco cuando la vio salir. Tenía un par de jeans negros, un suéter del mismo color y botas de combate. Había adquirido un aspecto más rudo en cuestión de meses. Estaba sorprendido.

-¿Qué quieres?

-¿No prefieres tomar algo caliente? Conozco un lugar agradable.

-Vale.

Elena, aunque no pareciera, estaba feliz de verlo pero también muy dolida. Estaba dolida porque había pasado tiempo y aún no sabía si eso jugaría a favor. Pero no importaba, él parecía extrañarla y eso la reconfortaba un poco.

Encontraron un pequeño café que lucía tranquilo y agradable. Pidieron grandes tazas de chocolate caliente y se miraron por un largo rato.

-He sido un gilipollas.

-Sin duda.

-No sé por qué te traté así. Lo siento mucho. No tienes idea...

-No, no tengo idea. Y sí, fuiste un idiota. Cada palabra, Luís, cada una de ellas me dolieron y me duelen hasta ahora. Es increíble el nivel de indiferencia que tuvieron tus palabras. De principio a fin fue una completa injusticia.

Él quería enterrar la cabeza en lo más profundo pero sabía que no podía, había que enfrentar todo aquello.

-Lo siento. Sé que no tendré suficiente oportunidad para enmendar mi error así que te pido, por favor, que me perdones, por favor.

Ella no tenía nada que decir porque sabía que en cualquier momento su alma quedaría desnuda ante él y eso era lo que no quería.

-Me he sentido perdido, solo y saber qué rumbo tener. Era la única persona

que me hacía sentir como si perteneciera a algún lugar y ahora que no estás, simplemente no sé... No lo sé. Elena, cada mañana para mí representa un esfuerzo enorme para levantarme y tratar de enfrentar al día lo mejor que puedo pero no.

>>Todo es una mentira y lo sé cuando voy a la habitación y no te encuentro allí. No, no hay palabras, no hay significados que puedan describir esta sensación de vacío. Lo único seguro es esta sensación de desnudez que siento porque una parte importante de mí mismo me ha dejado y temo que sea para siempre.

Elena había decidido que se mantendría firme ante él pero no podía. Esas palabras que denotaban el dolor propio de un desgarró, ese mismo que sentía ella. El impacto había sido tal que comenzó a llorar.

-Empecemos de nuevo, Elena. Por favor.

Él también tenía lágrimas en los ojos.



## XII

Elena había encontrado un instituto en las noches para estudiar Diseño Gráfico. Luego de pensarlo con detenimiento, pensó que sería lo suyo. Además le habían otorgado más días en el restaurante lo que le había permitido rentar un minúsculo piso. Las paredes estaban sucias y hacía falta cambiar algunas baldosas, pero ese lugar era sólo para ella.

Luís estaba experimentando un crecimiento agigantado de su negocio. Tanto así que había mudado su taller a la ciudad para contar con los recursos más cerca y así ahorrar gastos. Los clientes parecían reproducirse por lo que se sentía obligado a abrir una tienda para ofrecer servicios un poco más variados.

En medio de sus vidas ajetreadas, ambos habían acordado continuar la relación pero cuidando los espacios. De alguna manera, Elena sería tan independiente como quisiera y Luís aprendería a ceder un poco el control... Pero sólo un poco.

-¿Hola?

-¿Lo tienes puesto?

-Sí...

-¿Cómo lo sientes?

-Me gusta... Me gusta mucho.

-Vale. Entonces lo tendrás así hasta que vengas para aquí. ¿Entendido?

-Entendido.

Luís colgó la llamada y se introdujo en la ducha. Pensaba en el cuerpo de Elena y el buttplug que tenía en su ano. Añoraba con tocarlo y lamerlo con ganas y con placer. Deseaba tener sus nalgas en la cara, manosearlas, morderlas, apretarlas con aquella fuerza animal.

Esperó ansioso en la silla hasta que escuchó la puerta principal abriéndose. Siguió escondiéndose en la oscuridad. Los pasos de Elena se hacían más fuertes hasta que vio su silueta marcada por la luz de la noche. Estaba desnuda.

-Déjeme ser suya, por favor.

-Ruégalo.

-Se lo ruego, mi Señor. Déjeme ser suya. Quiero ser suya siempre.

Se levantó de la silla con lentitud y llevaba consigo una pequeña cinta. Elena, sintió que por fin había llegado el momento en el que ambos formalizarían la relación de Dominante y sumisa.

-Sé mía, Elena. Sé mi sumisa.

-Lo deseo como a nada de este mundo mi señor.

-Arrodíllate.

Ella no podía dejar de sonreír. Sintió la cinta de cuero sobre su cuello y quiso cerciorarse que era así al tocarla con sus dedos.

-Estoy tan feliz de que haya llegado este día.

-Te lo mereces. Te has portado como toda una niña buena.

Él la tomó por el rostro y la besó con fuerza, le mordió la boca y luego la ahorcó un poco.

-Es hora de jugar, ¿no?



## **NOTA DE LA AUTORA**

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

**[Haz click aquí](#)**

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis**

***¿Quieres seguir leyendo?***

Otras Obras:

**[La Mujer Trofeo](#)**

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)  
— Comedia Erótica y Humor —

**[J\\*did@-mente Erótica](#)**

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)  
— Romance Oscuro y Erótica —

**[El Rompe-Olas](#)**

[Romance Inesperado con el Ejecutivo de Vacaciones](#)  
— Erótica con Almas Gemelas —

## “*Bonus Track*”

— Preview de [“\*La Mujer Trofeo\*”](#) —

### Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una

mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

## **Javier**

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

## **La Mujer Trofeo**

*Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario*

— Comedia Erótica y Humor —

*Ah, y...*

*¿Has dejado ya una Review de este libro?*

*Gracias.*